ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

JUEZ Y REO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FERNANDO SOLDEVILLA

MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1900

557:9

JUEZ Y REO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FERNANDO SOLDEVILLA, 1854-

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 27 de Enero de 1900

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARA, *esposa de Valdenebros* (22 años.).	SRTA. MORENO.
LUISA, *hermana de Vargas* (22 á 25 id.)..	SRA. ARGÜELLES.
DON PABLO DE VARGAS (35 á 40 id.) *aspecto militar*.....	SR. AGUADO.
DON FÉLIX DE OLMEDO, *oficial de la Guardia* (25 á 30 id.).....	LARRIBA.
DON IGNACIO VALDENEBROS, *magistrado* (50 á 55 id.).....	BUENO.
MARTÍN, *asistente viejo de D. Pablo*...	SOLER.
ANTONIO, *criado de Valdenebros*.....	MÁS.
UN ESCRIBANO.....	FERNÁNDEZ.
DON APOLINAR, *tipo militar*.....	RICO.
DON EMETERIO, *tipo de beato*.....	CALVO.
QUIROGA... *Personajes episódicos.*	VALLEJO.
BELMONTE. *Personajes episódicos.*	GONZÁLEZ.

Epoca de 1825 á 1830

Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo:

Mi respetable y distinguido amigo: Cinco años hace que este pobre drama, después de haber obtenido la aprobación, seguramente demasiado benévola, de los ilustres escritores D. Federico Balart y D. Jacinto Octavio Picón, y de haber sido sacado de papeles por el insigne Mario (q. e. p. d.), rodaba de teatro en teatro sin apoyo de nadie, y, por tanto, sin que nadie tampoco le tendiera una mano compasiva, hasta que usted, constante amparador de todas las causas abandonadas y protector generoso de todos los humildes, espontáneamente, y sin que mediara para ello más que el conocimiento de lo ocurrido con la obra, se interesó por ella, y poniendo á su favor todo el entusiasmo y toda la energía proverbiales en usted, cuando de hacer un bien se trata, no cejó hasta verla representada.

Es tanto más de agradecer este favor inmenso que usted me ha dispensado, cuanto que, aparte el respeto afectuoso que yo pudiera profesarle, jamás me ha

unido á usted una amistad íntima; ni personal, ni mucho menos política; pues siempre he tenido el sentimiento de militar en bandos distintos del que usted, con tanta gloria personal, acaudilla.

Razón demás es esta para que, no teniendo yo otro medio de corresponder á la generosidad de usted para conmigo, me apresure á rendirle aquí público testimonio de mi gratitud sincera y de mi profundo reconocimiento; rogándole á la vez,—pues el obtener un favor dió siempre audacia para solicitar otros nuevos,—que me conceda el honor de aceptar benévolamente esta humilde obra; de recibir con agrado este JUEZ Y REO *que va reverente á besar á usted las manos por encargo de su autor, y á decirle que éste queda siempre de usted agradecidísimo amigo y servidor respetuoso*

Fernando Soldevilla

Madrid, Febrero de 1900

Donato Jiménez

ACTO PRIMERO

Sala-despacho de don Pablo; pobre, pero severa y limpiamente amueblada. Una panoplia con espadas y pistolas. Dos retratos de mujer, una joven y otra de más edad, colgados en la pared. Tras el de la derecha, que deberá colocarse de modo que gire como si fuese una ventana, habrá un escondite. Mesa escritorio con un belón y papeles y planos sobre ella, en primer término á la derecha. Puertas al foro y derecha é izquierda en segundo término. En primer término, á la izquierda, una ventana. Por izquierda y derecha, se entiende la del espectador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON PABLO, después MARTÍN. Al levantarse el telón don Pablo sentado en la silla del escritorio y echado sobre la mesa duerme. Después de un momento entra Martín

MAR. (Señalando á don Pablo.) Siempre lo mismo! ¡Ha pasado la noche en vela y se ha dormido al fin, vencido por el cansancio y la fatiga! Y acabará por perder la salud sin que le sirvan de nada nuestras advertencias y nuestros cuidados. (Llegandose á don Pablo.) ¡Casi me da lástima despertarle! (Tocándole.) ¡Señor, señor!; ¡mi coronel!

PAB. (Despertándose algo inquieto.) ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú, Martín?

MAR. (En tono de reconvención cariñosa.) ¡Sí, yo soy, señor!

PAB. (Al levantarse.) ¿Qué hora es? Me había dormido un poco...

MAR. (Abriendo la ventana y apagando la lámpara.) ¿Que qué hora es? Ya ve usted, señor, el día claro, el sol por todas partes. Como usted no me llamaba entré á ver si necesitaba algo, y me encuentro con que no se ha acostado todavía.

PAB. Tienes razón, hombre, tienes razón.

MAR. ¿Que tengo razón? ¡Ya lo creo que la tengo! Usted es el que no es razonable, señor.

PAB. No volverá á suceder, descuida, yo te lo prometo.

MAR. ¡Tantas veces me ha dicho usted lo mismo, y tantas veces al día siguiente se ha repetido la misma escena!...

PAB. No, ahora no sucederá así; te lo aseguro.

MAR. Eso no está bien, señor. Usted se está matando sin consideración á sí mismo, ni á las personas que le quieren y que sin usted acaso no podrían vivir.

PAB. Calla, calla Martín, no digas esas tonterías.

MAR. ¡Sí, sí; tonterías! Porque usted no hace caso de mis palabras. ¿Le parece á usted bien, señor, que una noche y otra y otra y todas lo mismo, después de pasarse el día aquí, engolfado en el trabajo, venga usted tarde y vuelva á enclavarse en ese sillón y ahí le amanezca...

PAB. (Sin dejarle concluir.) Bien, hombre, calla: si te digo que tienes razón y que no volverá á suceder.

MAR. Pues yo no finjo más, no señor, porque eso es acabar con la salud de usted, y estoy dispuesto á decírselo todo á la señorita.

PAB. (Con viveza levantándose de la silla.) ¡Ah, eso no! No lo harás, porque te lo prohibo en absoluto. (Cambiando de tono.) Además, ya he terminado el trabajo que tan atareado me traía; por consiguiente...

MAR. (Bajando la voz.) Por consiguiente... mañana ó pasado nos echaremos al campo, ¿no es verdad? ¿Cree usted que yo no lo sé todo? ¿Y á qué? vamos á ver; ¿á qué? A que nos derro-

ten, porque falten los regimientos comprometidos, ó á que nos prendan por delación de algún conjurado que tenga miedo de echarse á la calle; y en uno ú otro caso, á que nos cuelguen en la Plaza de la Cebada. ¿No es verdad? ¡Bonito resultado!

PAB. (Entre irónico y serio.) ¿Tendrás miedo de seguirme, Martín?

MAR. ¡Yo miedo! ¿Yo miedo de seguir á usted? Eso no lo dice usted de veras, señor. Yo no sé si soy valiente ó si soy cobarde, ni me importa saberlo; á mis años ya no hay gran diferencia entre la cobardía y el valor; pero sé que soy honrado y que estoy agradecido á los infinitos favores que debo á usted. Por eso me duele que no me haga usted caso cuando le digo, por su bien—pues por su bien de usted se lo digo,—«¡Señor, mire lo que hace! No se deje seducir por esos hombres que le comprometen hablándole de libertad y de Constitución y de no sé cuantas otras cosas que en España no entendemos bien todavía. Pelear por la patria, está bien; exterminar á los franceses, ó á los ingleses, ó á cualquier otro extranjero que pretenda dominarnos, eso es lo más natural del mundo, eso sí. En la santa guerra de la Independencia ganó usted sus grados y sus gloriosas cruces, y sus heridas, más gloriosas todavía; pero lo que usted intenta no es lo mismo. ¡Pelear contra los españoles! Eso no puede salir bien, principalmente porque los que á ello le empujan serán los primeros que le abandonen en el momento del peligro, si es que no le denuncian antes para librarse del compromiso, ó para obtener una recompensa.

PAB. (Pensativo.) No, Martín, no. Tú no entiendes de eso.

MAR. ¿Que no entiendo?

PAB. No. Tu intención es buena, y yo te la agradezco con toda el alma, porque demuestra el cariño que me tienes y la lealtad conque sirves; pero .. repito que no entiendes de eso. (Llaman a la puerta.) ¿Han llamado?

MAR. Sí, y con fuerza, como el que quiere entrar en seguida.

PAB. ¿Quién puede venir á estas horas? (Inquieto, mirando los papeles que hay sobre la mesa.)

MAR. Vaya usted á saber.

PAB. Anda, anda á ver quién es y si es desconocido. (Vuelven á llamar.)

MAR. ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Pues no traen poca prisa! (Vase Martín.)

ESCENA II

DON PABLO. Recoge los papeles y los guarda apresuradamente en un escondite que habrá disimulado en la pared, detrás del retrato más próximo á la mesa

¡Quién sabe! ¿Tendrá razón Martín? Seamos prudentes, por si acaso; pues de mi prudencia dependen la vida de muchos hombres y la tranquilidad de muchos hogares. ¡Una catástrofe sería horrible! Pero no. Dios querrá ayudarnos. ¡Bien sabeis, Señor, que sólo un espíritu de caridad y de justicia nos anima! La vida es imposible en esta atmósfera de negros odios, de venganzas horribles, de infames delaciones, de asesinatos, de horcas y de verdugos. ¡No, no! Dios no puede querer eso, y nos protegerá.

ESCENA III

DON PABLO, MARTIN, DON FELIX

MAR. (Entrando y dirigiéndose á don Pablo.) Es el señor de Olmedo. (Dirigiéndose á don Félix y señalando á don Pablo.) Ahí le tiene usted, señor don Félix; esta noche no se ha acostado.

PAB. (Saliendo al encuentro de Olmedo con los brazos abiertos.) ¡Tu, querido Félix! ¡Tú! Un oficial de la Guardia visitando con tanta frecuencia la casa del revolucionario, del impío, del negro, del impurificado... ¿Estás en tu juicio? (Vase Martín.)

ESCENA IV

DON PABLO y DON FÉLIX

FÉLIX ¿Y por qué no he de estarlo, mi querido don Pablo?

PAB. ¡Quién sabe! Otro que no fuese tan generoso y tan... temerario como tú, seguramente no se atrevería á tanto

FÉLIX ¿Pues no había de atreverse? Sobre todo si le quería á usted tanto como yo. Usted no es para mí nada de eso que ha dicho. Es usted el hombre honrado, el militar valiente, el patriota entusiasta, el amigo y el compañero de armas de mi padre, con el cual compartió usted las fatigas y los peligros de la gloriosa campaña contra el extranjero, y á quien salvó usted la existencia en apuradísimo trance Es usted el hombre á cuyo lado hice yo mis primeras armas y aprendí á sentir el noble orgullo de vestir el uniforme de soldado de la patria.

PAB. Sí, es verdad todo, excepto esos favores que yo no he prestado y los adjetivos que tu cariño me prodiga y que no puedo admitir; pero desde entonces han ocurrido tantas cosas...

FÉLIX Que no tienen nada que ver con nuestra amistad. Usted siguió un camino, yo otro; usted profesa unas ideas, yo las contrarias; es cierto; pero por encima de todas estas diferencias está la amistad de nuestros corazones, el cariño que usted me profesa, el afecto que me inspira, la veneración que mi padre me enseñó á sentir por su leal amigo, afecto y veneración que subsistirán siempre, suceda lo que suceda.

PAB. ¡Siempre el mismo! No desmientes la raza. Así era tu padre, aquel soldado valeroso, aquel caballero sin tacha. Pero... vamos á cuentas... ¿qué te trae por aquí á estas ho-

ras? Porque si no me engaño esta es la hora de estar en el cuartel. (Sentándose, é invitando á Félix á sentarse.)

FÉLIX (Con temor.) Es que...

PAB. Habla, ¿que es ello? ¿Te amenaza algún peligro?

FÉLIX Es que voy á batirme.

PAB. ¡Batirte! ¿Cuándo?

FÉLIX Ahora mismo.

PAB. ¿Y con quién?

FÉLIX Con Julio San Vicente; ese petimetre tan conocido en los salones.

PAB. ¿Supongo que ese duelo tendrá una causa seria?

FÉLIX Desgraciadamente, no. Es decir, en realidad... El duelo es inevitable, porque he llegado á vías de hecho; pero la causa originaria del disgusto es insignificante.

PAB. Pues haces mal. Un hombre de honor que no necesita dar pruebas de bravura, porque ya la tiene bien acreditada, no debe, no puede exponer su vida al azar de una bala ó de una estocada.

FÉLIX ¡Y usted me dice eso! ¡Usted que expone la suya con tanta frecuencia y con tantas probabilidades de perderla!

PAB. ¡Oh! Yo .. es distinto. Yo expongo mi vida en aras de una idea, mejor dicho, de una pasión que avasalla y domina mi espíritu; en aras de la libertad que me seduce y deslumbra, y por la cual daría hasta la última gota de mi sangre (Animándose) Mira; llegará un tiempo, vendrá una época, ¡venturosa época aquella! en que los hombres se reirán de nosotros, en que nos llamarán inocentes y visionarios, y hasta pondrán en duda nuestro entusiasmo y nuestra fe; pero ese día será cuando ya nada quede por hacer en lo tocante á la dignificación del hombre, cuando éste sea libre y dueño de su pensamiento y de sus actos; pero si aquellos que hayan de burlarse de nosotros viviesen ahora y se viesen perseguidos, injuriados, escarnecidos por lo más soez de la canalla: si no tuviesen

seguridad en su hogar, ni medios de protejer la existencia de los seres queridos; si se viesen abofeteados en la plaza pública, insultados desde el púlpito, ó encarcelados por dejarse crecer la barba; si viviesen en continuo sobresalto, y además estuviesen siempre amenazados del presidio, ¡y aun de la horca! ¡ah! entonces, entonces comprenderían nuestras angustias, nuestras ansias de lucha y nuestras esperanzas en la revolución. (Transición. Levantándose.) Pero... perdóname, querido Félix, si me he dejado llevar de mis entusiasmos y he olvidado por un instante el motivo que aquí te trae. ¿Dices que el duelo?...

FÉLIX Sí; se ha originado por una insignificancia. La causa han sido esas dos cantantes del teatro italiano; la Cesari y la Cortessi. Ya sabe usted cuánto apasionan al público y cuántas disputas originan. El era partidario de una de ellas y yo admirador de la otra. Comenzamos discutiendo friamente, nos acaloramos después, y .. lo que sucede en tales casos, vinieron las frases duras, las contestaciones más duras todavía, la ligereza de las manos y el duelo irremediable.

PAB ¡En tales circunstancias!...

FÉLIX ¡Ah, sí! No hay medio de evitarlo. ¿Qué se diría de un oficial de la Guardia que no se batiese despues de lo ocurrido? Tendría que pedir mi licencia absoluta ó me expulsarían ignominiosamente del regimiento.

PAB. ¡Eso jamás!

FÉLIX Además, que estos lances por semejantes cuestiones, son cosas de todos los días. No hace muchos aún, que Manuel de la Concha y Fernando de Córdova, dos de los oficiales más brillantes de la Guardia, han sufrido un arresto en banderas por haber reñido á la salida del teatro con varios caballeros que opinaban de distinto modo que ellos en esta cuestión; y entre Luis Córdova y el duque de la Roca se ha verificado un duelo por la misma causa; por ser uno partidario

de la Cortessi, y constituirse el otro en paladín de la Cesari

PAB ¿Tanto apasionan?

FÉLIX Mucho; casi tanto como los maestros Cándido y Romero.

PAB. ¡Signos evidentes de los tiempos! Cuando á los hombres se les prohibe pensar en cosas grandes, se apasionan por las cosas pequeñas, hasta que llega un día en que se burlan de la prohibición Y bien; puesto que el duelo es inevitable, ¿qué deseas de mí? ¿Quieres acaso que te sirva de padrino?

FÉLIX No, los nombré anoche mismo en el café del Príncipe. Son Escosura y Ros de Olano.

PAB. ¿Los poetas?

FÉLIX Sí, y distinguidos oficiales de la Guardia; tan pundonorosos como valientes.

PAB. Bien, por esa parte estoy tranquilo. ¿Qué deseas de mí?

FÉLIX (Sacando de debajo del capote una cajita que entrega á don Pablo.) (*) Deseo de usted que me guarde este objeto hasta que yo vuelva á recogerle.

PAB. (Algo turbado.) ¿Un depósito?... Es que... acaso yo tenga que ausentarme y..

FÉLIX No importa. Se trata de que le tenga usted en su poder muy poco tiempo; quizás... seguramente no llegará á media hora Este cofrecillo encierra papeles, para mí, de la mayor importancia, de un valor inmenso. Muerto mi padre, usted es el hombre que mayor confianza me inspira; por eso vengo á confiarle el depósito de lo que más estimo en el mundo. Soy solo voy á batirme, y aunque espero que no me sucederá nada grave, si por una casualidad me sucediese, no quisiera que los papeles que aquí se encierran llegasen á conocimiento de nadie, absolutamente de nadie; por eso vengo á fiarlos á su lealtad.

(*) Si el actor, (que ha de vestir de uniforme de la época), no llevase capote, dejará la caja al entrar, disimuladamente, con el sombrero, sobre una silla próxima á la puerta; y al llegar este momento la recogerá para entregarla a don Pablo.

PAB. Si es así...

FÉLIX Usted los guarda; es cuestión de un momento, porque el lance se verifica aquí al lado, en la quinta de un amigo. Si salgo bien, como espero, antes de diez minutos volveré á recogerlos; si no... si me ocurriese alguna desgracia, si muriese ó si fuese herido gravemente, usted los echará al fuego, sin que nadie, ¿me entiende usted? absolutamente nadie tenga conocimiento de ellos; ni que sepan siquiera que me han pertenecido. ¿No es verdad que lo hará usted así?

PAB. La segunda instrucción la considero inútil, porque tú volverás á recoger tu depósito.

FÉLIX Bien, pero...

PAB. Si aconteciese otra cosa, cumpliré religiosamente lo que me ordenas.

FÉLIX Así lo espero.

PAB. Entre tanto, tardes lo que tardes, aquí lo deposito, con mis papeles íntimos y secretos, con aquellos en que me va la vida. (Don Pablo guarda la caja que le entrega Félix en el escondite donde anteriormente guardó sus papeles.)

FÉLIX Bien, muchas gracias; hasta luego. (Dando la mano á don Pablo.)

PAB. (Estrechándosela.) Sí, sí; hasta luego. ¡Animo! Y vuelve pronto, porque te espero con impaciencia.

ESCENA V

DICHOS, CLARA, LUISA y un momento MARTIN. Félix se dispone á salir, y en el momento de llegar cerca de la puerta entran Luisa y Clara. Don Félix, al ver á Clara, se muestra sorprendido, y como involuntariamente se queda

CLARA (Hablando á Luisa.) Seguramente te extrañará mi visita.

FÉLIX (¡Ella! ¿Qué se propone?)

CLARA Sobre todo, siendo por la mañana.

LUISA No he de negártelo; tu visita me causa sorpresa, porque me haces tan pocas...

CLARA ¡Pocas! Todas cuantas puedo. Pero, en fin, ya te lo explicaré todo. (Reparando en don Pablo y en Felix, que hablan.) ¿Tienes gente?

LUISA No, mi hermano y...

CLARA Buenos días, señor de Vargas.

PAB. ¡Hola, Clarita! ¡Tanto tiempo sin dejarse ver por esta casa! ¡Y cada día más guapa!

CLARA Muchas gracias.

PAB. Usted nos olvida.

CLARA Eso, jamás.

PAB. Pues es usted ingrata, porque aquí se la recuerda mucho. No hay día en que Luisa no me hable de usted.

CLARA ¡Querida Luisa; yo también te recuerdo y te quiero muchísimo, y en mi casa se te nombra con frecuencia. Mi marido, aunque no les visita, les quiere á ustedes como si toda su vida les hubiera tratado.

LUISA Aquí tienes también al señor de Olmedo.

CLARA ¡Ah, sí! Otro ardiente defensor de tu hermano ante mi marido.

FÉLIX Cumplo con un deber.

CLARA Con el derecho y la confianza que le da la antigua amistad que con nosotros tiene, no hay día que no libre una batalla á favor de don Pablo. Y yo también le defiendo á usted.

PAB. Pues qué, señora, ¿acaso su marido de usted es mi enemigo?

CLARA No, eso no; su adversario; pero honrado y leal.

FÉLIX El señor Valdenebros, como magistrado, piensa como lo es, como un hombre de ley, chapado á la antigua.

PAB. (Con algo de ironía.) Sí, le conozco, le conozco mucho; tengo ese honor.

FÉLIX Es ardiente partidario del Rey.

PAB. Yo lo soy también.

FÉLIX Sí, pero él no transige con reformas ni constituciones, y, por lo tanto, es adversario de todos los liberales.

PAB. Vamos, sí, enemigo de los pícaros negros.

CLARA Pero no de usted, de cuya honradez y rectitud tiene la más firme convicción y la más alta idea.

PAB. Yo también me complazco en reconocer que su fama de íntegro y honrado, aunque severa, es general hasta entre sus adversarios.

LUISA (A Clara.) Pero, vamos, dime, ¿á qué debemos el placer de verte después de tantos días?

CLARA (Con marcado fingimiento. Aunque se dirige especialmente á Luisa, hará como que habla con todos, á fin de que don Pablo y Félix, no estén tanto tiempo en situación que pareceria desairada) Pues... precisamente en esta tardanza tienes la explicación de mi matinal visita. Todos los días pensaba venir á verte, pero como ya sabes que mi marido, por causa de la maldita política, no quiere, aunque les aprecia mucho, venir á tu casa, esperaba yo ocasión oportuna para hacerte una visita muy larga y hablar de todo por espacio de mucho tiempo; pero nunca se me arreglaba; hasta que hoy, al salir de misa y pasar por tu puerta, me dije: Ahora voy á saludarla, porque si no, no va á llegar nunca.

LUISA Has hecho bien, pues ya sabes cuánto me regocija el verte. ¿Y has venido sola?

CLARA No. He venido con Petra, aquella criada vieja que ya conoces

MAR. Señora .. (Desde la puerta.)

LUISA ¿Qué hay? (Se acerca a Martín y hablan en voz baja. Entre tanto dice Félix a Clara.)

FÉLIX (Como despidiéndose.) Señora, si usted me lo permite...

CLARA ¿Tan pronto se marcha usted? (Quédate, quiero hablarte.)

LUISA (A don Pablo.) Por ti preguntan dos caballeros que desean hablarte á ti solo.

PAB. (Serán ellos.) (A Luisa.) Vé tú misma, y si son Quiroga y Belmonte hazles pasar á la sala y que no nos interrumpa nadie. (A Clara.) Señora, con su permiso. (A Félix.) Hasta luego. (Vase por la derecha.)

LUISA Permítanme un momento, que en seguida vuelvo á su lado. (Vase por foro.)

ESCENA VI

CLARA y FÉLIX

CLARA (En voz baja y reconcentrada; con acento apasionado y nervioso) ¿Vas á batirte, no es verdad?

FÉLIX No; es decir, sí; ¿pero cómo lo has sabido tan pronto?

CLARA Es inútil que finjas. Me enteré anoche mismo al salir del teatro Italiano. Lo sabía todo el mundo. ¡Qué noche he pasado! Estaba segura de encontrar aquí noticias tuyas; por eso vine. ¡Cómo deseaba que amaneciese! ¿Y te bates por mí?

FÉLIX ¿Y por quién si no había de batirme?

CLARA ¡Pero eso es imposible! El escándalo va á ser grande; se sabrá todo.

FÉLIX Tranquilízate, tu nombre no ha sonado para nada. Fué una alusión muy breve, y antes que terminara de salir de sus labios, ya mi mano le impidió que continuase. Para todo el mundo, el duelo es por defender cada cual de nosotros á una de las cantantes del teatro.

CLARA ¡Pero es que no quiero que te batas! ¡Mírame, tengo fiebre!

FÉLIX ¡Dejar de batirme! ¿Quieres que me deshonre?

CLARA ¡Deshonrarte!

FÉLIX Sí; le he abofeteado en el vestíbulo del teatro, delante de todo el mundo.

CLARA ¡Dios mío!

FÉLIX Pero no tengas miedo, no será nada; estoy seguro de salir bien.

ESCENA VII

DICHOS y LUISA

LUISA Vaya, ya estoy aquí. (A Clara.) Conque ahora á sentarse despacio y á contarme... (Félix coge el sombrero.) ¿Se marcha usted, señor de Olmedo?

FÉLIX Sí; me es preciso. Me detuve solamente para acompañar á Clara mientras usted volvía. Hasta después.

LUISA Adiós.

CLARA Adiós. (Vase Félix.)

ESCENA VIII

CLARA y LUISA. Se sientan

LUISA Conque . Vamos, cuéntame, ¿cómo te va desde que no nos vemos?

CLARA ¿Y tú? Cuenta, cuenta tú; que también tendrás mucho que decirme.

LUISA Nada que no sepas. Mis días son absolutamente iguales. En nada se diferencian uno de otro. Desde que apenas casada perdí á mi marido en la guerra, aquí estoy con mi hermano, que ahora, como antes de que yo entrara en el convento, y como siempre, hace para mí las veces de padre. ¿Y tú? ¿Te vas acostumbrando á tu vida? ¿Eres más feliz?

CLARA No sé qué decirte. Ni soy feliz, ni puedo llamarme, al menos ante el mundo, desgraciada. Tú conoces el hecho, pero ignoras la verdadera causa de mi matrimonio.

LUISA Solo sé que desde niña amabas á Félix, y que, sin embargo, durante una ausencia de éste, te casaste con el señor de Valdenebros.

CLARA Mi padre, arruinado y envuelto por incauto en un proceso que, á más de su fortuna, iba á costarle la honra, no obstante tener la razón de su parte, no encontró más salvador que Valdenebros, que le salvó, es cierto, de la deshonra, ya que no de la ruina; pero á condición de que yo había de ser su esposa.

LUISA Y tú, naturalmente, accediste

CLARA ¿Qué querías que hiciese? ¿Tenemos otro remedio que obedecer á nuestros padres? Además, yo quería mucho al mío. ¡Pobre padre! ¡era tan bueno! Más que por sí mismo, por su hija sentía la miseria y la des-

honra. Todo esto se evitaba casándome con Valdenebros, y me casé no obstante mis ensueños y mis esperanzas de niña; esperanzas y ensueños que tú conocías, y á pesar de la diferencia de edad y de carácter entre el que iba á ser mi marido y yo.

LUISA Ignoraba la causa, pero conozco tu situación y te compadezco. ¿Aun no te has acostumbrado á ella?

CLARA No, no puedo. Siento por él agradecimiento, respeto; recuerdo que ha salvado á mi padre, que me ha salvado á mí de la miseria, y tal vez de la deshonra, aunque hizo todo esto imponiendo condiciones; agradezco sus cuidados por mí, la posición en que me ha colocado, todo, en fin, pero...

LUISA Pero no le amas, ¿verdad?

CLARA Permíteme que no te conteste. Y luego... esa frialdad, esa severidad de carácter adquirida tal vez en los deberes de su profesión ejercida con escrupulosa religiosidad de padres é hijos hace ya varias generaciones; todo esto, incluso nuestra vivienda en el mismo edificio de la cárcel de la corte, te lo aseguro, me entristece, casi me amedrenta, me parece que estoy siempre delante del juez, más bien que al lado del hombre que Dios me dió para ser mi compañero y mi apoyo en el mundo.

LUISA ¡Pobre amiga mía!

CLARA Y de tu hermano habla muy bien, aparte de sus ideas políticas; las cuales dice que serán causa de su perdición. Verdad es que, no porque me lo agradezcas, pero no hay día en que yo no hable de tí con el cariño que me inspiras, y de tu hermano con la admiración con que siempre te oí hablar á tí. Y eso que... á veces dice que os quiero más á vosotras que á él.

LUISA Gracias, querida Clara. No sabes cuánto me regocija tu afecto. Siempre recuerdo los días felices que hemos pasado en el convento. ¿Te acuerdas? No nos separabamos nunca; no teníamos secretos la una para la otra.

¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida! ¿Te pones mala?

CLARA — No, no es nada, (Levantándose.) el aire de la calle me repondrá.

LUISA — Pero... ¿marcharte así?...

CLARA — Si no es nada. Un ligero mareo... Ya pasó... Es tarde y me estará echando de menos. Adiós.

LUISA — ¿Quieres que te acompañen?

CLARA — No, ya te he dicho que tengo aquí á Petra que me acompaña siempre. ¿Irás á verme?

LUISA — Sí, iré.

CLARA — Vé esta noche; ya sabes que tenemos tertulia puramente familiar; dos ó tres amigos de mi marido.

LUISA — Iré á saber si te has mejorado. (Vanse las dos por el foro.)

ESCENA IX

DON PABLO, QUIROGA y BELMONTE.—Los tres entran por la izquierda, cruzando la escena en dirección á la puerta del foro, donde don Pablo despide á los otros dos (*)

QUIR. — Conque... ni una palabra más.

PAB. — Ni una palabra.

BEL. — ¿E-tán avisados todos?

PAB. — Sí: están avisados y están dispuestos.

QUIR. — ¡Dios lo quiera!

PAB. — Dios nos ayude. (Vanse Quiroga y Belmonte.)

ESCENA X

DON PABLO

¡Sí, lo querrá! ¡No consentirá que una vez más fracase esta obra santa de reparación y de justicia! La iniquidad no puede ser eter-

(*) La salida de Quiroga y Belmonte puede, y aun debe suprimirse para evitar acaso deficiencias de indumentaria, ó cuando las compañías carezcan de personal. Para ello bastará que don Pablo haga solo la salida, hablando desde la puerta con Quiroga y Belmonte, los cuales, se supone que se marchan sin entrar en escena.

na sobre la tierra. Dios no puede consentir que la horca y los presidios sean los únicos fundamentos en que se sostenga una sociedad cristiana. ¡No puede ser y no será!

ESCENA XI

DON PABLO y LUISA

PAB. (A Luisa, que entra por el foro.) ¿Se marcharon ya?

LUISA Sí.

PAB ¿Todos?

LUISA Todos.

PAB. Temí por un instante que pudieran encontrarse, y alguna imprudencia ó algún descuido...

LUISA ¿Con que es decir que no has de tener hora de sosiego?

PAB. ¡Qué quieres, hermana mía! En estos tiempos de revueltas, de ansiedades y de tiranías cada hombre debe considerarse como encargado de una misión. La mía es esta y no cejaré en mi empeño hasta conseguir lo que creo honrado y justo, ó hasta perder la vida.

LUISA Desdichadamente es más fácil lo segundo.

PAB. ¡Quién sabe! Quizá no.

LUISA Ese afán revolucionario será tu muerte.

PAB. No lo temo, pero si así fuese, si estuviese escrito que para restañar una gota de sangre derramada por mano del verdugo han de verterse torrentes de sangre generosa de héroes y de mártires, ¡cúmplase la voluntad de Dios!

LUISA ¿De manera que todo está tan inmediato?

PAB. Sí, muy inmediato. Todo está preparado. Mañana mismo salimos... ¡y Dios decidirá!

ESCENA XII

DON PABLO, LUISA y MARTÍN

MAR. (Desde la puerta.) Señor..
PAB. ¿Qué hay, Martín?
MAR. (Entrando.) Un caballero desea ver á usted.
PAB. ¡Un caballero que desea verme!
MAR. Sí, señor.
LUISA ¿Y no dijo su nombre?
MAR. ¡Ah! Sí...
PAB ¿Cómo se llama?
MAR. Se llama... una cosa así, como Valnegro.
LUISA ¿Valdenebros tal vez?
MAR. Eso es. Valdenebros.
PAB. ¡El magistrado!
LUISA Sin duda. El marido de Clara.
PAB. ¡Qué cosa más extraña!... ¡El, que no quiere visitar esta casa!...
LUISA Quizás venga creyendo que está aquí aún su mujer.
PAB. Tal vez. En fin, vé, entérate y que pase. (Vanse Luisa y Martín.)

ESCENA XIII

DON PABLO

¡Qué querrá este hombre! Me da el corazón que no viene á nada bueno Tiene su fama bien ganada. Hombre honrado; pero fanático, perseguidor cruel de liberales. Pero, en fin, veremos. (Ordena los papeles de la mesa, y como instintivamente coloca bien el retrato que esconde los secretos.)

ESCENA XIV

DON PABLO, VALDENEBROS, y un ESCRIBANO. Este, á una indicación de Valdenebros se queda á la puerta, de modo que apenas se le divise desde el públigo; pero pronto á acudir al llamamiento de Valdenebros

VALD. ¿Es al señor don Pablo de Vargas á quien tengo el honor de hablar?

PAB. El mismo, caballero. ¿En qué puedo tener el honor...?

VALD. (Hace señas al escribano porque no traspase el umbral.) Entonces, caballero... tengo que cumplir acerca de usted una penosa misión.

PAB. ¡Una misión que cumplir acerca de mí! No comprendo.

VALD. Una misión que—puede usted creerme—siento infinito llevar á cabo, pero... no obstante, he preferido, antes que confiársela á los agentes, encargarme yo personalmente de ella, á fin de suavizar para usted, en todo lo posible, lo espinoso del cumplimiento de la ley!

PAB. ¡El cumplimiento de la Ley! Repito que no comprendo...

VALD. Ahora comprenderá. Usted ya me conoce.

PAB. Tengo ese honor. (Inclinándose.)

VALD. Ya sabe usted que (Idem) soy magistrado. Pues bien, en este concepto, estoy encargado, con el carácter de juez especial, de verificar un registro en su casa de usted.

PAB. ¡Un registro en mi casa! ¿En virtud de qué derecho?

En virtud de esta real orden que puede examinar. (Le entrega un pliego que Vargas coge y examina.)

PAB. Sí, está corriente, (Devolviéndole.) pero... ¿de qué se me acusa? ¿Por qué causa?...

VALD. Está usted acusado de conspiración.

PAB. ¡Ah! ¿Se me acusa de conspirar?

VALD. Sí; en la Superitendencia de policía se ha

presentado contra usted una denuncia de conspiración con datos y documentos justificativos.

PAB. Bien, pero hasta ahora no hay más que vagas delaciones.

VALD. De las cuales hubiera yo podido prescindir; por que... vuelvo á decir á usted que se ha recibido una delación con pruebas bastantes para creerla fundada. En ella se asegura que usted es el jefe de una conspiración que habrá de estallar en breve; que está usted dispuesto á salir de Madrid de un momento á otro para ponerse al frente de los conspiradores que con usted se han comprometido; que usted guarda todos los documentos relativos á la conspiración, y que los complicados sólo esperan la orden de usted para lanzarse á la lucha.

PAB. (Con sangre fria.) ¿Todo eso dicen? Pues le han engañado á usted, señor de Valdenebros.

VALD. No me han engañado, señor de Vargas, puesto que en la denuncia se especifica hasta el sitio en que oculta usted los documentos relativos á la conspiración.

PAB. (Demostrando temor.) ¿Es cierto lo que usted dice?

VALD. ¿Si es cierto? Los papeles los guarda usted allí, en un escondite oculto en la pared, detrás de aquel retrato.

PAB. ¡Jesús!

VALD Lo siento, señor de Vargas, pero ya ve usted que la acusación no es falsa. (Se dirige al retrato.)

PAB. (Aparte.) (¡Pobres amigos míos!) (Alto, con energía, deteniendo á Valdenebros y colocándose como instintivamente delante del sitio en que guarda los papeles.) No, la acusación no es falsa. Evítese usted toda molestia. Préndame y haga lo que quiera de mí.

VALD. Comprendo, caballero, los motivos de exquisita delicadeza que le obligan á tal actitud, pero...

PAB. No hay tales motivos de delicadeza; se me acusa y confieso, porque es inútil negar. ¿Se

buscan pruebas? ¿Para qué más que mi confesión? La misión de usted ha terminado. ¡Vamos! (Señalando hacia la puerta.)

VALD. No, aún no, señor de Vargas.

PAB ¿Que no?

VALD. No. Por grandes que sean la generosidad de usted y sus ansias de sacrificios para no descubrir á aquellos que con usted están comprometidos, ese sacrificio sería inútil.

PAB. ¡Inútil! ¿Qué más se quiere?

VALD. Yo tambien tengo deberes que cumplir. Se me ha encargado descubrir toda la trama de la conspiración, haciéndome saber que toda ella está en los papeles de usted.

PAB. Pero... (Poniéndose más próximo al sitio en que oculta los papeles, como defendiéndolos.)

VALD. Aunque lo sienta, me es preciso examinarlos.

PAB. (Angustiado.) ¡Por Dios, caballero! ¡Por lo que más ame su corazón! Usted, que es hombre de honor; usted, que me ha mostrado simpatías, sin duda porque me juzga honrado, aunque vivamos en campos distintos, compadézcase de mí. Comprenda lo horrible de mi situación. No niego que he conspirado; sería inútil; prréndame usted y quíteme la vida cuanto ántes; pero, por su honor, no mire usted esos papeles, que ya no me conciernen á mí, y que sólo comprometen y denuncian á desdichados, á hombres de valor y de fe, que habían contado, no sólo con mi honradez, sino con mi habilidad y mi prudencia. Yo soy el jefe de la conspiración; contra mí se ha presentado la denuncia, que reconozco justa. Conténtese usted con mi declaración. Se lo rogaré, si es preciso, de rodillas; y ¡es la primera vez que Pablo de Vargas ruega á otro que á Dios.

VALD. Caballero, puede usted creerme, si lo que me pide fuera posible, con extraordinario placer accedería á ello. Pero yo tampoco puedo faltar á mi deber; no soy un hombre, soy un magistrado; la ley manda, y yo obedezco.

PAB (Desesperado y abatido.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué desesperación y qué vergüenza! ¡Qué dirán de mí aquellos que á mi discreción y á mi prudencia fiaron sus vidas!

VALD. En cuanto á eso, señor de Vargas, nada tiene usted que reprocharse. Entre los comprometidos ha habído un traidor, un Judas, que lo ha revelado todo.

PAB. ¡Oh, su nombre, el nombre de ese miserable!

VALD. Ya comprenderá usted que eso es imposible. Acaso he dicho ya más de lo conveniente. Y ahora, caballero... termina el hombre y empieza el magistrado. Tenga usted la bondad de franquearme ese secreto. (Don Pablo obedece y cae anonadado en una silla, ocultando la cabeza entre las manos. Valdenebros llama al Escribano indicandole que se siente y escriba. El Escribano obedece y Valdenebros va sacando del escondite los papeles cuyos títulos lee en voz no muy alta. El Escribano los anota, repitiendo en voz baja la última palabra de cada título, ó simplemente indicando con un movimiento de cabeza que ya ha terminado.) Escriba usted. (Al Escribano. Leyendo los papeles.) «Plan de alzamiento.».

ESC. Alzamiento. .

VALD. «Relación de los puntos que ha de ocupar cada grupo.»

ESC. Grupo...

VALD. «Nombres de los afiliados.»

ESC. Afiliados...

VALD. (A don Pablo mostrándole la cajita de Félix.) Aquí hay una cajita cerrada.

PAB. (Volviendo de su estupor.) ¡Ah! sí, ya no lo recordaba. De esa... no tengo la llave, caballero, porque no me pertenece.

VALD. ¿Que no le pertenece?

PAB. No; es un depósito que hace poco me ha sido confiado y que prometí devolver á su dueño ó destruirlo sin enterarme de su contenido.

VALD. Pero... ya comprenderá usted que sin que yo dude de su palabra, mi deber...

PAB. Ya he dicho á usted que eso no me perte-

necesce, y creo que debe bastarle el haber revisado todos mis papeles y haberse apoderado de ellos.

VALD. No obstante, mi obligación es reconocerlo todo.

PAB. ¡Tambien esto!

VALD. ¿Quién es la persona, el amigo que ha confiado á usted este depósito?

PAB. Sin su consentimiento no puedo decirlo; sería faltar á mi palabra y á la confianza que en mí depositó.

VALD. Yo no vería inconveniente en ello. De este modo, en presencia de esa misma persona, podríamos abrir el cofrecillo y no tendría necesidad de llevármelo.

PAB. No puedo; he jurado no decírselo á nadie.

VALD. ¿Y sabe usted al menos qué clase de papeles contiene?

PAB. No sé, pero lo que sí puedo afirmar es que son papeles de familia; papeles íntimos que en nada se relacionan con la conspiración ni con la justicia. De esto doy mi palabra de honor.

VALD. Señor de Vargas, repito que no dudo de su palabra ni de su buena fe; pero... mi deber me impide ir más allá. Debo llevarme esta caja y unirla á lo demás.

PAB. ¡Por Dios, señor de Valdenebros, por lo que más ame usted en su vida; esa caja no, se lo ruego!

VALD. Otro en mi puesto ya habría hecho saltar la tapa y se hubiera enterado de lo que contiene. Yo, no lo hago; antes al contrario, aunque me es imposible acceder á su ruego de usted, le prometo que en lo que de mí dependa, el secreto se guardará.

PAB. ¡De verdad!

VALD. Yo transmitiré al ministro la palabra de honor de usted; daré la mía de que le creo y él decidirá.

PAB. Gracias, muchas gracias; ¡por lo menos, que no tenga que sufrir este último golpe!

VALD. Y ahora, caballero... yo siento. .

PAB. Sí, sí, comprendo, me declara usted preso. Estoy á su disposición. Vamos.

ESCENA XV

DICHOS y MARTÍN

PAB. (A Valdenebros.) Si usted me permite. (Valdenebros se inclina y luego habla con el Escribano como distraído.) ¡Martín!

MAR. ¡Señor! ¿Qué es esto? ¿Va usted?...

PAB. Si, voy preso. Ahora ni una palabra á la señorita. Que no se entere. Después.. consuélala y hazle creer que no será nada.

MAR. Está bien, señor.

PAB. (Aparte, con rapidez y en voz más baja á Martín.) Cuando venga el señor de Olmedo le dices que su depósito se lo ha llevado el señor de Valdenebros con todos mis papeles. (A Valdenebros.) Ahora, señores, si ustedes lo permiten, salgamos por aquí para que no se entere mi pobre hermana.

VALD. Por donde usted guste.

PAB. Vamos.

VALD. (Al Escribano.) Ordene usted que recojan después todas esas armas. (Salen por la izquierda.)

ESCENA XVI

MARTÍN

¡Preso, preso! ¡Si lo estaba diciendo! No podía suceder otra cosa. ¡Y esta vez no hay emigración que valga! ¡No hay más que el calabozo, el presidio y .. quién sabe! acaso lo más tremendo!

ESCENA XVII

MARTÍN y DON FÉLIX

FÉLIX ¡Don Pablo! ¡ya estoy aquí! He salido ileso. (Martín afligido.)

MAR. ¡Ah, señor de Olmedo, qué desgracia!

FÉLIX ¡Desgracia! ¿Qué ha ocurrido? ¿Y el señor de Vargas?

MAR. ¡Mi señor no está en casa, ni lo estará quizás en mucho tiempo!

FÉLIX ¿Qué dices, Martín?

MAR. Que el coronel acaba de ser arrestado.

FÉLIX ¡Arrestado! ¿Preso don Pablo?

MAR. Sí; preso.

FÉLIX ¿Por qué?

MAR. Ya lo supondrá usted; porque conspiraba.

FÉLIX ¡Qué desdicha!

MAR. El señor de Valdenebros acaba de prenderle ahora mismo y se ha apoderado de todos los papeles.

FÉLIX (Asustado.) ¿Que el señor de Valdenebros se ha apoderado de todos los papeles?

MAR. Sí, señor.

FÉLIX ¿Y se los ha llevado?

MAR. Todos.

FÉLIX ¿Incluso un cofrecito?...

MAR Sí; el que usted dejó en depósito al señor.

FÉLIX ¡Jesús! ¡Pobre Clara mía!

MAR. ¿Tan importante era?

FÉLIX ¡Oh, sí, mucho! ¡Contenía en su fondo el honor y la vida de tres personas! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho de Valdenebros, amueblado con el caracter propio de la época y los detalles correspondientes á la habitación de un magistrado. En un rincón los sables, y sobre la mesa escritorio, colocada á la izquierda, las pistolas de la panoplia de don Pablo. Puertas al fondo y á ambos lados. A la derecha, una chimenea con un sofá y una butaca á cada uno de los lados respectivamente. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, limpiando y arreglando las armas

¡Pobre señor de Vargas! ¡Hasta las armas de su uso particular le han recogido! No, pues yo les favorezco cuanto puedo. Tal vez algún día me cueste caro, porque... como este me descubra, no me salva ni el estar en su casa, ni el respeto y la sumisión conque le sirvo... Pero no importa; no por ser criado he de dejar de tener mis opiniones; la Constitución proclama mis derechos, lo mismo que los del amo. ¡Por eso yo, soy constitucional! Vaya, vaya; arreglaremos el cuerpo del delito. (Arregla las armas y tararea el himno de Riego.)

ESCENA II

VALDENEBROS, el ESCRIBANO

VALD. (A Antonio.) Déjanos. (Vase Antonio. Los recién llegados se sientan. Valdenebros en su sitio, el Escribano enfrente, al otro lado de la mesa.) ¿Están ya presos todos?

ESC. Casi todos. Algunos, muy pocos, no han parecido todavía, pero parecerán.

VALD. ¿Y de los papeles?

ESC. El señor ministro me ha repetido las órdenes que dió á su señoría personalmente: que los guarde todos y que entienda en absoluto y con libertad completa en la causa; pero que haya mucha energía.

VALD. ¿Y respecto á la caja?

ESC. Ha insistido en lo que ya le dijo. En que sea su señoría quien los examine con detención. Aquí la tiene usted. (Le entrega la caja.)

VALD. (Cogiéndola.) No hay más remedio. Yo bien hubiera querido cumplir mi palabra y evitar al señor de Vargas ese disgusto; pero no es posible; es necesario revisarlo todo.

ESC. Su excelencia lo ha ordenado terminantemente. Dice que no se fía de las palabras de los revolucionarios, y que cuando Vargas mostró tanto empeño en no entregar la caja, es que en ella guarda algo interesantísimo, que usted acaso encuentre examinándolo despacio.

VALD. Yo no lo creo; pero quien manda, manda. Diga usted que así se hará.

ESC. (Levantándose.) ¿No me necesita su señoría?

VALD. No. Ya comunicaré el resultado de este examen. Usted á procurar prender cuanto antes á los que aún no han sido detenidos. (Vase el Escribano.)

ESCENA III

VALDENEBROS examinando la caja sin abrirla

Es indudable que esto ha pertenecido á una mujer. El perfume que despide lo indica claramente. Pero, ¡vaya usted á saber! Alguna aventura galante del revolucionario. En fin, veamos qué contiene (Abre la caja haciendo saltar la cerradura con cualquier objeto á propósito que habrá sobre la mesa.) ¿No lo dije? Cartas de mujer. Pero, ¿qué es esto? (Mirando las cartas con asombro.) ¿Estoy soñando? ¡Sí, sí! ¡Esta es letra de Clara... de mi mujer! ¡Y esta!... ¡Y esta! (Viéndolas una por una.) No hay duda... Esta es su letra; su letra fina y nerviosa, de ligerísimos perfiles y enmarañados rasgos. ¡Y su firma! ¡Sí! su firma, puesta aquí como el padrón de mi deshonra! ¡Ah, miserables! Pero... despacio, despacio... no juzgue temerariamente antes de tiempo. ¿A ver á quién están dirigidas? (Repasándolas.) «¡Alma mía!... ¡Corazón mío!... ¡Vida mía!...» ¡Todas, todas así!... Ni un nombre ¡Ah, infames! Eran precavidos y prudentes; pero no les ha de valer su astucia. Ahora comprendo sus visitas á Luisa y el entusiasmo conque de ese hombre, de Vargas, me hablaba .. Porque no, ¡no hay duda! ¡Es él, él, su amante! Por eso mostraba tal afán en ocultar la caja... Toda su sangre será poca para lavar mi afrenta! ¡Y yo, que he estado á punto de faltar á mi deber y no dar cuenta del hallazgo!... Pero, despacio, despacio, digo; que la ira no me ciegue, que es mala consejera, y hará que me deshonre yo mismo... ¿Será él el culpable?... «Esa caja es un depósito», me dijo. ¿Habrá dicho verdad?... Pero no; eso es una excusa, una estratagema burda, como sus juramentos, para que yo no abriera la caja. Si las cartas no hubieran sido de Clara, de mi mujer, no habría tenido inconvenien-

te algu o en dejármela abrir, porque podía estar seguro de mi discreción Es preciso saberlo. Calma... Una cosa resulta evidente: la traición de ella. El cómplice es el que falta conocer con certeza. Ella me lo dirá. (Se dirige hacia la puerta de la izquierda y se vuelve.) ¡Pero no, todavía no! Es preciso que nadie, absolutamente nadie, ni el mismo miserable que me ha deshonrado, goce con mi sufrimiento y mi deshonra. Es preciso que ignore que he descubierto mi afrenta, no piense acaso que transijo con ella, ni siquiera por un instante. ¡No! Cuando sepa que conozco su crimen, reciba al mismo tiempo el castigo, y que mi nombre no sea el ludibrio de la sociedad toda... (Guarda cuidadosamente la caja y llama con la campanilla de la escribanía.)

ESCENA IV

VALDENEBROS, ANTONIO

ANT. (Desde la puerta.) ¿Qué manda el señor?

VALD. Diga usted á la señora que coma sin mí, que salgo y no sé cuándo volveré. (Amargamente.) Y ahora al Tribunal; á evitar sospechas; á decir la verdad: que la caja no contenía nada importante para el proceso; y á preparar mi venganza: una venganza sin ruído ni sangre, pero tremenda, como el dolor y la afrenta que me han causado. (Antonio se inclina para dejarle pasar. Vase Valdenebros y entra Antonio.)

ESCENA V

ANTONIO

ANT. ¿No lo dije? Hay tormenta. ¡Pobre del que que hoy caiga en sus garras! ¡Qué hombre!

ESCENA VI

ANTONIO, FÉLIX

FÉLIX Antonio.

ANT. ¡Señorito!

FÉLIX ¿Está don Ignacio?

ANT. No, señor; acaba de salir.

FÉLIX ¿Volverá pronto?

ANT. Eso no lo puedo decir. Al marcharse me dijo que avisara á la señora que no come en casa; pero ya sabe usted lo que es; lo mismo puede estar fuera todo el día que volver en seguida.

FÉLIX ¿Y la señora, está visible?

ANT. No puedo decir al señor...

FÉLIX Pues anda, avísala de mi llegada y pregunta si puedo verla para un asunto urgente.

ANT. Voy en seguida. (Vase.)

ESCENA VII

FÉLIX

FÉLIX ¿Lo sabrá ya? ¿Habrá tenido algún disgusto? No. Aun me parece pronto. Es preciso prevenirla. ¡Pobre Clara! ¡Decírselo todo y afrontar la situación con valentía, buscando los medios de salvarla ó de perecer los dos! ¡Ojalá no sea tarde! (Antonio vuelve á salir después de avisar á Clara y se va por el foro.)

ESCENA VIII

FÉLIX, CLARA

CLARA ¡Por fin has llegado! ¡Con qué impaciencia te aguardaba!

FÉLIX Yo también tenía deseos vivísimos de verte.

CLARA ¿Qué ocurre? ¿Te ha sucedido algo? ¿Estás herido?

FÉLIX No. Ahora no se trata de eso.

CLARA ¿Pues qué sucede? Lo principal es que no no te haya acontecido nada.

FÉLIX Sucede una cosa terrible. Una degracia inmensa. Tu marido, el señor Valdenebros, se ha apoderado de tus cartas; de esas cartas que guardaban al mismo tiempo mi dicha y ten honra

CLARA ¡Jesús! ¿Cómo puede ser eso?

FÉLIX Ya sabes que para cortar las murmuraciones de Julio me batí con él esta mañana:

CLARA ¡Sí! ¿Qué?

FÉLIX Pero lo que ignoras es que por si acaso me acontecía algún contratiempo, quise dejar tus cartas en lugar seguro para que no fuesen á manos de nadie.

CLARA Debiste haberlas quemado. ¡Siempre te lo he dicho!

FÉLIX Es verdad. Pero eran tuyas y me faltaba valor para ello.

CLARA Prosigue.

FÉLIX Pues bien; con ese propósito se las entregué á don Pablo de Vargas, en cuya lealtad tengo la más completa confianza, con intención de ir á recogerlas cuando el duelo terminase, ó de que las arrojase al fuego sin leerlas si yo no las podía recoger.

CLARA ¿Y qué? ¿No lo ha hecho?

FÉLIX ¡No, desgraciadamente!

CLARA ¿Ha faltado á su palabra?

FÉLIX No, eso no. Vargas no falta jamás á ella. Es que no ha podido; ha sido preso, acusado de conspiración esta misma mañana.

CLARA Bien... pero... ¿esas cartas estarán en su casa?

FÉLIX No; el juez que ha preso al señor de Vargas y ha recogido sus papeles es el señor de Valdenebros.

CLARA ¡Mi marido!

FÉLIX Sí, tu marido, que á estas horas conocerá nuestro crimen; porque es de ambos, porque si tú eres su esposa, yo paso por uno de sus mejores amigos

CLARA Estamos perdidos.

FÉLIX Perdidos, sí: por mi culpa, por imprudencia mía. Si debieras aborrecerme y maldecirme.

CLARA ¿Maldecirte? ¿Por qué?

FÉLIX Por haberte perdido. Por haber causado tu eterna desventura.

CLARA ¡Oh, no! ¡Pobre Félix! Este hecho me aterra, me anonada, pero no me sorprende. Desde que, impulsados por esta pasión que nos avasalla, dejamos de ser honrados, desde entonces mismo, como el criminal aguarda la sentencia, aguardaba yo este momento; pues estaba segura de que un día ú otro había de llegar. Tu único delito después, ha sido el conservar esas cartas que debiste destruir.

FÉLIX Mil veces lo intenté; pero nunca tuve valor para desprenderme de ellas; eran una dicha y un consuelo para mí, como todo lo que de tí procede.

CLARA ¡Dios mío, Dios mío!

FÉLIX ¡Oh, no te desesperes! Pensemos en lo que hemos de hacer para salvarte. Es preciso luchar. ¿Pero qué hacer?

CLARA Lo ignoro. Las circunstancias lo dirán. Ahora lo que es preciso, lo que es absolutamente indispensable, es que te marches en seguida, que no te encuentre aquí al volver.

FÉLIX ¡Marcharme! ¡Abandonarte! ¡Eso... jamás! ¡Que vuelva y me encuentre, que sacie en mí su rencor y su odio, que me mate si quiere; sí, que me mate con tal que se contente con eso; pero á tí!...

CLARA ¿Pero no comprendes que al hallarte aquí agravas mi situación? Y... quién sabe; acaso no haya abierto la caja, cuando nada me ha dicho...

FÉLIX Tal vez sea cierto: pero en todo caso aquí me quedo; á tu lado; juntos en la culpa, juntos en el castigo; unidos por el pecado, unidos también por la expiación. ¡Así, así, unidos para siempre; de ese modo te defenderé!

CLARA No; de ese modo te perderás sin salvarme. Déjame á mí; soy una mujer y no se atre-

verá á maltratarme. No sólo soy *una mujer;* soy su mujer, ¡la suya!

FÉLIX (Celoso.) ¡Sí! ¡es verdad!... ¡Acaso pudiera perdonarte!

CLARA (Entendiendo la alusión.) Mi marido no me perdonará; es de los que no perdonan jamás; pero su amor propio, su pundonor, el respeto que á sí mismo se debe... y se tiene, evitarán una violencia contra mí; mientras que si te encuentra...

FÉLIX ¡Pues no importa; no me separaré de tí! ¡Huye conmigo! ¡Ven! Si no hay otro modo de salvarte, te salvarán mis brazos ó moriremos juntos.

CLARA ¡Oh! ¡Eso nunca! ¡Huír no; jamás! Ya es bastante haberle deshonrado; ¡matarle no! y su deshonra, publicada con nuestra fuga, le mataría.

FÉLIX Pues entonces, me quedo.

CLARA ¡No, por Dios! Siento pasos; vete. Me dice el corazón que es él. ¡Márchate!

FÉLIX ¡No; que venga, que venga! Todo antes que abandonarte. ¡Eso sería ser el último de los cobardes. (Aparte á Clara al ver entrar á Valdenebros.) ¡Aguardemos que hable!

ESCENA IX

DICHOS y VALDENEBROS.—En toda esta escena la actitud de Valdenebros es marcadamente irónica, dejando adivinar que contiene su enojo á duras penas. Clara deja ver su miedo a través de su fingida tranquilidad, y Félix aparece como cohibido, pero sin manifestar temor

VALD. Hola, ¿usted aquí, señor de Olmedo?

FÉLIX Sí, yo que...

VALD. Apostaría á que adivino lo que le trae á usted por aquí á estas horas.

FÉLIX ¿Adivina usted?

VALD. Sí. Seguramente viene usted á suplicar á mi mujer que influya conmigo á favor de su amigo de usted el señor de Vargas.

FÉLIX Yo...

CLARA — En efecto; el señor de Olmedo acaba de participarme lo acontecido esta mañana; tú nada me habías dicho, y, á la verdad, nos ha llenado el alma de tristeza. El es el mejor amigo del señor de Vargas, le quiere y le respeta como á un padre; y yo ya sabes el afecto tan sincero y profundo que profeso á Luisa, la hermana de don Pablo... Por eso...

VALD. — Sí, ya lo sé; por eso dije que adivinaba el objeto de la visita del señor de Olmedo.

CLARA — Y bien, ¿qué podemos esperar?... Es muy grave la acusación.

FÉLIX — ¿Será condenado?

VALD. — (A Clara.) ¿Tanto te interesas por su suerte?

CLARA — Yo, sí; con toda mi alma. Por su pobre hermana.

FÉLIX — Yo también, señor de Valdenebros. Es el más cariñoso y leal de los amigos. ¡Oh! ¡Si le condenaran!

VALD. — (¡Qué sospecha! ¿Estará éste en el secreto? Me parece que todo el mundo lee en mi rostro mi deshonra.) No hay que llevar las cosas tan al extremo. Ese señor de Vargas es, en efecto, un hombre peligroso, inquieto, conspirador incorregible. Dos veces ha estado en la emigración por enemigo de lo existente. Ahora mismo, no obstante haber sufrido la purificación y de estar vigilado por el Gobierno, conspiraba, y de haber caído en otras manos...

CLARA — Pero tú le salvarás ¿No es cierto que le salvarás?

FÉLIX — ¡Oh, sí, sálvele usted! Es un caballero perfecto, y aparte sus ideas, el hombre más honrado y de más noble corazón que usted ha conocido.

VALD. — (¡No hay duda! Este conoce mi vergüenza.) (A don Félix.) No hay que adelantar tanto... El señor de Vargas será eso que usted dice y aun más, yo me complazco en reconocerlo; pero los hechos de que se le acusa son graves, y el registro de sus papeles...

CLARA — ¿Lo ha demostrado? (Con sobresalto.)

FÉLIX — ¿Lo prueba?

VALD. ¡Tal vez!

CLARA ¡Pobre Luisa! Cómo había de figurarse cuando la visité esta mañana.

VALD. (Mirando fijamente á Clara.) ¡Ah! ¿Has estado hoy en casa del señor de Vargas?

CLARA (Con marcada turbación.) En su casa... sí; es decir, en casa de su hermana; á la que hacía bastantes días que no visitaba.

VALD. ¿Y le has visto á él?

CLARA Sí; allí estaba casualmente el señor de Olmedo.

VALD. ¡Ya!

CLARA Y bien... ¿Qué podemos esperar?

VALD. ¡Oh, esperar!... ¡Quién sabe! ¡Acaso mucho, tal vez nada! Pero aun cuando sea quebrantando un poco el secreto del asunto puedo decir á usted. (A don Félix.) que mi memoria es lo más indulgente que puede ser la memoria de un magistrado; y que si llego á comprobar ciertos detalles (Con marcada ironía.) cuando acabe de ver todos mis papeles, acaso el señor de Vargas tenga muy poco que temer de la ley; tal vez nada.

FÉLIX ¡Oh, gracias! ¡Será éste un favor que agradeceré á usted eternamente!

VALD. ¡Oh, no! Favor, no; no puedo ni debo hacerlos en semejante caso, pero...

CLARA Sí, sí, ya has dicho bastante. ¡Le salvará! ¡Vaya si le salvará! Corra usted, señor de Olmedo, corra usted á casa de esos desdichados y tranquilice á Luisa! Llévela cuanto antes ese consuelo. Yo también iré á verla ó la escribiré participándole las buenas noticias que tenga.

FÉLIX Esa era mi intención; si usted me da permiso... (A Valdenebros.)

VALD Sí, sí, vaya usted... las buenas noticias deben llevarse pronto; pero no afirme nada: probabilidades, nada más que probabilidades. (Vase Félix. Clara se dirige á su cuarto, á la izquierda. Valdenebros la llama, pero luego se arrepiente, y le hace señas de que puede marcharse.)

VALD. ¡Espera, Clara! (Pero... no, no; ¡antes él!) (Vase Clara.)

ESCENA X

VALDENEBROS, un momento ANTONIO. Valdenebros llama con la campanilla

ANT. (Desde la puerta) ¿Qué manda el señor?

VALD. Que conduzcan aquí, custodiado, al señor de Vargas, detenido esta mañana.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. ¡Sí, primero á él! ¡Que el miserable lo confiese todo! ¡Que tenga yo la certidumbre de su infamia, y entonces, entonces... el castigo que le impondré será horrible. La muerte es poco... ¡sí, poco! ¡La honra, que le dolerá más!

ESCENA XI

VALDENEBROS, DON PABLO

VALD. Pase usted. (Don Pablo pasa, inclinándose; Valdenebros se adelanta, y después de indicar á los que han conducido á don Pablo, que pueden ser dos soldados ó el mismo Antonio, que esperen fuera, cierra la puerta.) Aproxímese y tome asiento. (Se sientan ambos. Don Pablo en la parte de afuera de la mesa, Valdenebros en su sillón.)

PAB Gracias, señor de Valdenebros, muchas gracias por las atenciones, por las infinitas bondades que me ha dispensado.

VALD. Deje usted eso aparte, y vamos á lo que más interesa. Le he hecho venir para...

PAB. Para lo que usted guste. Mi desdichada situación me priva del honor de ofrecerme á usted, puesto que usted es quien me ha de juzgar y de usted depende mi libertad y quizás mi vida.

VALD. Eso es verdad, pero no tanto como usted cree. Elevadas personas han tomado parte en el asunto; se ve que interesa .. especialmente, —como todos los misterios—lo referente á la

caja. (Don Pablo se pone en pie.) Para eso le he llamado á usted.

PAB. ¡Para eso! Usted, señor Valdenebros, me había hecho concebir la esperanza de que no abriría esa caja.

VALD. Y he procurado hacerlo; es decir, por mi parte lo he hecho, he cumplido mi palabra; pero...

PAB. Qué, ¿acaso la han abierto?

VALD. No, (Con marcado fingimiento.) todavía no; y el hacerlo ó no hacerlo de pende exclusivamente de usted.

PAB. ¿De mí?

VALD. Sí, de usted Por eso le he llamado.

PAB. No comprendo... Ya he dicho acerca de eso todo cuanto tenía que decir.

VALD. No, todo no. Ha dicho usted que esa caja no le pertenecía, que era un depósito que había de devolver sin enterarse de lo que contenía.

PAB. Es cierto. Todo eso es verdad.

VALD. Yo transmití lo dicho por usted á su excelencia, añadiendo que creía en la palabra de honor que usted me dió: pero no se ha convencido; mejor dicho, no se ha dado por satisfecho, y dice...

PAB. ¿Qué dice?

VALD. Pues dice que. . aparte de ser muy sospechoso el interés que usted demuestra por ocultar lo que la caja contiene y aun sin negar que sea cierto lo que usted afirma, puede usted mismo estar engañado acerca de la importancia de esos.. papeles. Si al menos—añadió—supiéramos el nombre de la persona que se los había entregado...

PAB. ¡Ah, no! ¡Eso es imposible! He dado mi palabra de honor de callar, y callaré.

VALD. ¿Y si le hubieran á usted engañado? ¿Y si esos papeles que usted cree puramente particulares y de familia fuesen algo más que eso; si en ellos se encerrasen las principales pruebas de la conspiración que se persigue?

PAB. ¡Ah, eso no! Lo juro por mi honor.

VALD. ¿Tan seguro está usted de ello?

PAB. Segurísimo. Como si los hubiera visto. Al entregármelos me aseguraron que eran papeles íntimos de familia, y el que me lo dijo no falta á la verdad.

VALD. ¿Y no teme usted que puedan creer, á pesar de mis afirmaciones, que todo eso no es más que una añagaza de usted para ocultar los documentos más importantes?

PAB. Si su jefe de usted es hombre de honor y caballero, no pondrá en duda la palabra honrada de un hombre, que podrá estar extraviado en las ideas que profesa, pero que no ha mentido jamás, ni aun siquiera por salvar su vida. Además, ¿qué interés podría yo tener en ocultar papel alguno, si en los que usted ha recogido en mi casa están todas las pruebas de mi delito, y mi confesión lo ha confirmado plenamente?

VALD. (Duro.) ¿Conque, en resumen, se niega usted á confesar quién le entregó esa caja?

PAB. ¡Oh, sí, me niego! ¡suceda lo que suceda! Mi honor y mi conciencia me obligan á proceder de este modo, puesto que no tengo permiso del que me confió ese depósito para decir su nombre.

VALD. ¿Y si se lo concediera á usted?

PAB. ¡Oh! Entonces... ¡Pero no!... ¡Es imposible! Tal vez, aunque le importase mucho ocultarlo, consentiría en su publicación por favorecerme; pero yo no he de consentirlo. Y, por otra parte... como estoy preso aquí habría de venir á que yo le consultase; y entonces... el secreto era inútil.

VALD. (¡Oh, el hipócrita, cómo se defiende!) (Alto.) Está visto que no podemos entendernos y que usted mismo conspira contra su interés; pero, no obstante, yo trataré de salvarle, á pesar suyo. (Con sarcasmo involuntario.)

PAB. ¡Oh, sí! Si usted nos salva, mi vida entera que le consagre será poco para pagar tan inmenso favor.

VALD. (Con ironía.) No, eso no. (Se levanta.) Nada tendrá usted que agradecerme, yo se lo aseguro. Y ahora... retírese, que ya veremos lo

que se ha de hacer. (Abre la puerta y se marcha don Pablo, de modo que se vea que va entre los que le aguardaban para custodiarle.)

ESCENA XII

VALDENEBROS, un momento ANTONIO

VALD. Ya no cabe dudar. Es él, ¡el ladrón de mi felicidad y de mi honra! ¡Miserias de esta humanidad desdichada é ingrata! ¡Pase usted una vida de austeridad y de honradez para conservar incólume el nombre sagrado que de sus padres recibiera; sepulte allá en el fondo, en lo profundo del corazón, los más tiernos afectos, las más dulces simpatías, á fin de que ni éstas ni aquéllos tuerzan ni quiebren el espíritu de rectitud y de justicia; levante usted del polvo á los humildes para elevarlos á su altura; tienda la mano generosa al desdichado que cayó en el abismo para tratar de salvarle y redimirle; y todo para esto!... (Con pasión amarguísima.) ¡Para encontrarse cuando ya las canas coronan su cabeza, con que el honor que procuró guardar, lo han derrochado otros, y la felicidad que creyó con seguir, otros también se la han robado! (Transición.) Pero... ¿qué es esto? ¿Voy á desfallecer, á temblar, cuando se acerca la hora de la certidumbre y de la venganza? No, es preciso llegar hasta el fin. (Llama y se presenta Antonio.)

ANT. Señor...

VALD. Que venga la señora; y después, hasta que yo avise, no estoy en casa para nadie.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. (Saca del cajón de la mesa la caja de Félix, y de ésta unas cartas, que guarda en el bolsillo.) Bien quisiera evitarme esta confesión que me ha de destrozar el alma; pero no es posible. Es preciso que ella lo declare, para que sus palabras ahonden y remuevan la herida que en el corazón me han causado, y que, aumentando mi dolor, aumenten también mi oido y mis deseos de venganza.

ESCENA XIII

VALDENEBROS, CLARA (Después de haber salido Antonio.)

CLARA ¿Me has llamado? (Valdenebros con calma cierra la puerta del foro; se dirige con gran pausa á Clara, le enseña las cartas que se guardó en el bolsillo y la dice:)

VALD. ¿Conoce usted estas cartas? (Clara guarda silencio sobrecogida.) ¿Calla usted?

CLARA ¿Y que he de responder á semejante pregunta?

VALD. No me desafíe usted con su silencio hipócrita, porque llegaré á perder la razón y la ahogaré á usted entre mis brazos.

CLARA Puede usted matarme; ni me quejaré ni pronunciaré una palabra.

VALD. ¿Que no hablará usted? (Comenzando á exasperarse)

CLARA No; soy culpable, está usted en su derecho; hiera usted.

VALD. (Con ira.) ¿Es decir que usted no me ama? ¿Que no me ha amado nunca? ¿Que es una miserable que arrastra mi honra por el fango de sus vicios?

CLARA ¡Caballero! (Con dignidad.)

VALD. ¡Qué vergüenza y qué infamia! es usted la más indigna de las mujeres!

CLARA ¡No puedo más! No voy á defenderme. ¡Soy una vil, una miserable! Sí, hay infamia y vergüenza en todo esto; yo no niego la mía, pero cada cual debe cargar con su parte de responsabilidad. Cuando usted me eligió por esposa, ¿pensó usted ni por un momento en conquistar mi afecto? ¡No, nunca! Mi padre estaba arruinado y envuelto en un proceso... Usted era rico y era juez, y salvó usted á mi padre de la miseria y de la deshonra... pero no de balde, si no imponiéndole la condición de que yo había de ser su esposa de usted, es decir, tasándome como honorarios de su trabajo.

¿Que yo no le amaba? ¡Eso qué importa! después le amaría por obligación, ¿no es cierto? Pues no, no es así; no se ama por obligación ni por agradecimiento forzoso. ¡Si usted hubiese hecho todo aquello sin condiciones, tal vez; seguramente le habría llegado á amar! Pero no de este modo, porque entonces yo no pude menos de pensar: este hombre es rico y paga las deudas de mi padre á cambio de mi mano. Está bien: yo me sacrifico por amor á mi padre, pero este hombre... este hombre no me estima, me compra.

VALD. ¿Eso pensó usted, señora?

CLARA Sí, eso pensé, porque eso fué lo que usted hizo, acaso sin pensarlo; porque á la manera que el bandolero dice al caminante, «¡la bolsa ó la vida!», usted dijo á mi padre: «Tu hija ó tu honra!» y la hija se entregó.

VALD. ¡Desdichada!

CLARA Caballero, terminemos esta situación, que es intolerable para ambos. Se lo ruego encarecidamente.

VALD. ¿Terminar? Sí. Es preciso que termine con usted para empezar con él, con su amante.

CLARA ¡Oh! El no es culpable. La culpable soy yo, yo que he faltado á mis deberes. Por eso acepto el castigo que usted quiera imponerme; pero él...

VALD. ¿Le defiende usted? ¿Luego le ama mucho?

CLARA Y (Con gran energía y apasionamiento.) ¡qué clase de mujer sería yo, si no amándole, hubiese faltado por él á todos mis juramentos y á todos mis deberes!

VALD. ¡Calle, calle usted! porque oyéndola siento que se me escapa lo poco que de razón me queda, y mis brazos se retuercen, y mis dedos se crispan como si ya tuviese entre mis manos su garganta. ¡Como si la ahogase!

CLARA ¡Hágalo usted y se lo agradeceré!

VALD. ¡No, todavía no! Ahora, dígame usted el nombre de su amante.

CLARA (Aparte con alegría mal contenida.) ¡Oh, ignora su nombre! (Alto.) ¡Eso, jamás!

VALD. (Cogiéndola del brazo y sacudiéndola con ira.) ¡Lo exijo! ¿Me entiende usted? ¡Lo exijo!

CLARA ¡Jamás! No consentiré tal cobardía!

VALD. Pues bien; su silencio no le salvará. Sé su nombre.

CLARA Si lo sabe usted, ¿por qué exigirme que yo lo diga?

VALD. Porque además de tener la prueba, quería oír á usted misma pronunciar el nombre del traidor. Es el coronel Vargas.

CLARA ¿El coronel Vargas? ¿El hermano de Luisa?

VALD. Sí. ¿Lo confiesa usted?

CLARA No, De ninguna manera. ¿Cómo confesarlo, si apenas conozco á ese hombre?

VALD. Ya contaba yo con esa negativa. Pero, es inútil. ¿No sabe usted que estas cartas las he encontrado en su casa al hacer el registro de sus papeles? ¿Se atreve usted ahora á negar?...

CLARA He dicho á usted cuanto tenía que decirle; no hablaré ni una palabra más.

VALD. No hace falta. Esa confesión es inútil. Todo acude ahora á mi memoria para hacer patente, á la vez que la infamia de usted, mi imbecilidad y mi deshonra. Ahora recuerdo sus frecuentes visitas á casa de ese hombre, con pretexto de ver á su hermana; los continuos elogios que le prodigaba; todo, todo se presenta ahora á mi vista claro como la luz del día. Pero no importa Ha llegado la hora de la expiación y la habrá cumplida... ¡sí, la habrá!

CLARA Está en su mano de usted. En cuanto á mí, la acepto. En cuanto á él es usted su juez. Su vida depende de una sentencia que usted ha de pronunciar. Pero... tenga usted cuidado si quiere conservar esa fama de magistrado íntegro y de hombre justo de que tanto se envanece; tenga usted cuidado, porque pudiera usted verter la sangre de un inocente!

VALD. ¡No! Al contrario. A otro que á él le mataría, pero no como juez, si no como hombre; no valiéndome de la ley, si no con mis

manos. Ahogándole, si era preciso, si el acero ó el plomo se negaban á secundar mis intenciones Con él... haré otra cosa... Tengo una venganza mejor... En cuanto á usted señora... una cosa no más tengo que advertirle. Existe algo en mí, superior á todas las consideraciones, á todos los goces, á todos los dolores, á todas las afrentas... Este... algo, es el respeto religioso á la honradez de mi nombre de éste nombre que heredé de mi padre, inmaculado, y que ha de desaparecer conmigo tan honrado y tan puro como lo recibí. Podría divorciarme; podría hacer á usted pasar su vida en reclusión entre mujeres, quizá no tan infames como usted; podría matarla, pero... no haré nada de eso; cualquiera de estas soluciones me deshonraría públicamente. No quiero escándalo, ¿me entiende usted? Nadie sabrá lo que ha pasado, absolutamente nadie; para el mundo viviremos como si nada hubiera acontecido, como si usted fuera una mujer honrada y yo un hombre feliz. No piense usted por eso que renuncio á vengarme; pero ni una palabra, ni un gesto que haga conocer á nadie nuestra deshonra y mi desdicha, pues de lo contrario... juro á Dios, que sabe mis sufrimientos y mis amarguras, que quedará memoria eterna de la catástrofe que provocaré. ¿Me ha comprendido usted, señora?

CLARA Sí.

VALD. ¿Y obedecerá ciegamente?

CLARA Obedeceré.

VALD. Pues desde este momento... á fingir; á desempeñar su papel. Esta noche á recibir las visitas como de costumbre, á engañar al mundo, ¡ya que por tanto tiempo me ha engañado usted á mí! (Vase Valdenebros.)

ESCENA XIV

CLARA.

Sí, sí; á fingir y á morir lentamente; pero á salvarle de tus odios y de tus rencores. Sí, ¡las cartas no tenían nombre alguno! ¡Bien lo recuerdo! Quizá, probablemente cometo una infamia; pero yo no he dicho que el coronel Vargas sea mi amante; lo he negado. Cuanto más hubiera yo insistido en esta negativa, más se hubiera aferrado él á su idea. Y además, ha dicho, que no le mataría, no obstante, ser reo de conspiración... y á Félix, ¡Oh, sí! ¡Para Félix, no habría piedad! ¡A éste sí que le mataría!

ESCENA XV

CLARA y FÉLIX.

FÉLIX ¡Clara!

CLARA ¡Llegas á tiempo!

FÉLIX ¿Qué ocurre? Sabe...

CLARA ¡Sí, lo sabe todo!

FÉLIX ¿Todo?

CLARA Todo menos tu nombre, y ese...

FÉLIX ¿Qué?

CLARA ¡Ese no le sabrá jamás!

FÉLIX No comprendo...

CLARA Escúchame bien. Nuestra falta está descubierta. Mi honra y mi dicha están perdidas para siempre. En este naufragio de todas mis esperanzas, sólo me resta salvar una cosa; tu nombre ignorado aún por mi marido. Sabe que tengo un amante, pero ignora quién es. Con denunciarte no me salvarías y te perderías tú, perdiendo así el único amparo que me resta. Te juro, pues, (Con mucha resolución.) que en el momento en que descubras este secreto, que yo he procurado y

procuraré guardar, acaso á costa de mi conciencia y de mi salvación, en ese momento habré dejado de existir. Ahora, adiós. (Vase sin aguardar contestación ni atender á Félix, que hace movimientos para detenerla.)

ESCENA XVI

FÉLIX.

Todo menos mi nombre. Sí, ya comprendo; las cartas no le llevaban... Pasaron á mi mano de la mano de ella. No teníamos confidente y era innecesaria la dirección. Per entonces... Valdenebros buscará, inquirirá por todas partes. ¿Sospechará de don Pablo? ¡Eso no! Es preciso averiguarlo, porque entonces... mi pobre amigo estaba perdido. ¡Su muerte afrentosísima sería segura!

ESCENA XVII

FELIX, VALDENEBROS, ANTONIO

VALD. (Entrando.) ¿Está usted ya de vuelta, señor de Olmedo?

FELIX Sí.

VALD. ¿Y ha visto usted á la familia del señor de Vargas?

FELIX Sí, la he visto.

VALD. ¿Y cómo están?

FELIX ¡Ya puede usted figurarse! Desolados, sumidos en el mayor dolor y en la más profunda amargura.

VALD. Pues pronto cesará su tristeza.

FELIX ¿Qué dice usted?

VALD. Pues eso: que pronto habrán desaparecido los motivos de su amargura.

FELIX ¿Qué piensa usted hacer?

VALD. Va usted á verlo. (Toca la campanilla y se presenta Antonio, al que dice.) Que venga el coronel Vargas solo y libre.

ANT. Está bien. (Vase.)

VALD. (A Félix.) Quiero demostrar á usted que, aun que tengo esta fama de inflexible y, ¿por qué no decirlo?, de cruel, no lo soy tanto como parece.

FELIX ¿Será posible? (Entonces no sospecha de él.) (Alto.) ¡Oh, gracias!

VALD. Sí, es cierto; será puesto en libertad; pero que no sepa que es por mi mediación. Que no sospeche siquiera que falto á mi deber en su beneficio; que lo agradezca á otros, no á mí.

ESCENA XVIII

DICHOS, DON PABLO. Al entrar don Pablo Félix se lanza á él y le abraza con entusiasmo. Valdenebros sonríe irónicamente

FELIX ¡Don Pablo! ¡Mi buen amigo!

PAB. ¡Félix!...

FELIX ¡Libre, libre! ¡Qué dicha!

VALD. ¿Quiere usted, señor de Olmedo, tener la bondad de dejarnos un momento solos á don Pablo y á mí?

FELIX ¡Oh, sí! Lo que usted guste.

VALD. (Con afectada galantería.) Aún tengo que actuar un momento de juez, pero seré muy breve.

FELIX Sí, sí. Hasta después. Voy á comunicar á Luisa tan grata noticia. (Vase.)

ESCENA XIX

VALDENEBROS, DON PABLO

PAB. ¿Es cierto lo que oigo? ¿Estoy en libertad?

VALD. Completamente libre.

PAB. Pero... el tribunal, el jefe..

VALD. Ha firmado la orden. Alguien, sin duda, de gran influencia se ha interesado por usted. Yo, por mi parte, lo ignoro.

PAB. (Como dudando.) ¿Y estoy libre por completo? ¿No se me destierra? ¿Puedo permanecer en Madrid?

VALD. Donde usted quiera.

PAB. ¿Sin temor á ser molestado?

VALD. Sin temor alguno.

PAB. ¿Y mis papeles?

VALD. Los conocidos... unidos quedan al legajo del proceso. En cuanto á los de la caja... esperamos que, al menos en agradecimiento, nos declare...

PAB. ¿De quién son? ¡Jamás! A ese precio no quiero la libertad.

VALD. ¿No la quiere?

PAB. No. Puede usted volverme á la prisión.

VALD. (Tendrás la libertad, aunque no la quieras.) Entonces... esta es la orden que tengo. (Coge la caja y echa los papeles al fuego dejándola después sobre la mesa.)

PAB. ¡Al fuego!

VALD. ¡Sí, al fuego! (Así queda destruída la prueba más patente de mi deshonra.)

PAB. Pero...

VALD. Es lo menos que se puede hacer y lo más que han podido conseguir las personas que por usted se interesan... Usted. libre; los papeles, al fuego... ¡Usted se ha empeñado en callar!...

PAB. No podía obrar de otra manera.

VALD. Bien; pues á pesar de la obstinada conducta de usted, su excelencia, que no es tan cruel como parece, le pone á usted en libertad. Ya es usted libre. (Señalando con la mano á la puerta.)

PAB. Pero... permítame usted que agradeciéndole sus bondades...

VALD. Nada tiene usted que agradecerme á mí.

PAB. Bien, á quien sea. Pero permítame que me extrañe. El hecho por el cual fuí detenido, está probado; además, yo declaré la verdad, puesto que el negarla era imposible. ¿Cómo...?

VALD. Nada sé. Cuando he ido á notificar la contestación de usted respecto á esos papeles,

estaba ya firmada la orden de libertad, y ya se habrá hecho pública.

PAB. Pero, ¿y mis compañeros, los comprometidos conmigo, los que por las listas recogidas en mi casa han sido presos también?

VALD. Respecto de esos, repito que nada sé. Usted era la única persona cuya suerte me interesaba conocer.

PAB. Pero, ¿habrán sido también puestos en libertad, no es cierto? Porque yo era el más comprometido.

VALD. Repito á usted que lo ignoro; pero probablemente no.

PAB. (Comenzando á impacientarse.) Pero, entonces... libre yo... y ellos presos... ¡Jesús, qué idea! No puede ser.

VALD. (Hosco.) ¿Qué más desea usted? Estaba preso, le amenazaba el presidio y acaso el patíbulo, y está usted en libertad...

PAB. (Con fiereza.) Pero, ¿cuáles son los motivos de esa orden? ¿En qué se fundamenta?

VALD. Aquí tiene usted una copia; lea usted. (Dándole un papel.)

PAB. (Coge el papel y lee. A medida que lo hace irá marcando la aflicción, el asombro y la ira que le causa la lectura, hasta llegar á la explosión final. Esto es puramente subjetivo y queda encomendado al talento y á la inspiración del actor.) «En atención á los méritos contraídos por el señor don Pablo de Vargas, que ha merecido bien del rey y de la patria denunciando á la justicia el delito de rebelión que contra el orden establecido se tramaba, el dicho don Pablo de Vargas será puesto en libertad.» (Hablado.) ¡¡Jesús!! ¡¡Traidor yo!! ¡Dios mío! ¡tened misericordia de mí! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

CLARA, DON APOLINAR y DON EMETERIO.—Clara sentada. Ellos de pie como si acabaran de entrar. Es de noche

EMET. Pues, señora, temí que .. con motivo de estos sucesos, que naturalmente han de aumentar el trabajo de don Ignacio, no podríamos tener el gu to de verles esta noche.

CLARA (Preocupada.) No, por eso no. Ignacio está siempre ocupadísimo.

APOL. En efecto, parece que se ha descubierto una tremenda conspiración.

CLARA Sí.

EMET. Esos pícaros negros no descansan. Pero... en buenas manos han caído. Ya les darán lo que merecen.

APOL. El señor de Valdenebros ha prestado un gran servicio á la causa del Rey.

EMET. A nuestro amado monarca y á nuestra santa religión. Y espero, y ya me regocijo con la idea, que alguno de esos herejes irán á la horca. ¿No es verdad, señora?

CLARA No sé.

EMET. Deberán, deberán ir. Sólo de este modo será eficaz el ejemplo. Y dicen que el jefe de

ellos se ha arrepentido y los ha delatado. A ese está bien que se le perdone.

APOL. Eso se dice. Por cierto que es una accion que yo repruebo, aunque resulte en nuestro beneficio.

EMET. Pues yo no. Yo la creo altamente laudable; y me parece, señor don Apolinar, que se compadece usted demasiado de esos pícaros liberales.

APOL. Yo no me compadezco de nadie, señor don Emeterio, ¿lo entiende usted? Lo que hay es que usted se ha educado en las sacristías y yo en el campo de batalla. Cuando tengo enfrente al enemigo, todos los medios me parecen buenos para acabar con él; pero cuando está vencido y preso, y sobre todo cuando es víctima de una traición como esta...

EMET. No importa. Siempre es meritorio exterminar á los enemigos de Dios y del Rey.

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA (Entrando.) ¡Clara!

CLARA (Levantándose y saliendo al encuentro.) ¡Querida Luisa!

APOL. Vaya, señora, la estamos á usted molestando con estas conversaciones tan desagradables. Ya está usted acompañada y...

EMET. Sí, vamos á buscar por aquí á don Ignacio.

CLARA Sí, sí; vayan ustedes; ahí le encontrarán. (Saludan y se retiran.)

ESCENA III

CLARA y LUISA

CLARA ¡Cuánto celebro que al fin te hayas decidido á venir!

LUISA Sí, era preciso.

CLARA No sabes cuánto te lo agradezco. Ya ves, estaremos solas. Solo vienen dos ó tres amigos de mi marido que le distraen jugando hasta las diez. ¿Te quedarás hasta esa hora?

LUISA No, no puedo.

CLARA ¿Qué tienes? ¿Te sucede algo?

LUISA Sí, algo muy grave me sucede.

CLARA Habla.

LUISA No me agradezcas la visita. No vengo por tí, sino por mí.

CLARA No te entiendo.

LUISA Ahora me entenderás. (Pausa.) Ya conoces las angustias que me causó la prisión de mi hermano y la alegría inmensa que recibí al tener noticias de su libertad.

CLARA Pena y alegría que he compartido contigo; pues no ignoras cuánto me he interesado con mi marido en favor de tu hermano.

LUISA Sí, ya lo sé (Con frialdad.) y te lo agradezco; pero no se trata de eso, sino de algo más grave todavía.

CLARA ¿Más grave?

LUISA Sí. Cuando yo me regocijaba con la noticia de la libertad de mi hermano, noticia que acababa de comunicarme el señor de Olmedo, vi entrar á Pablo desencajado, lívido, llevando la muerte en el semblante y una aterradora expresión de ira en su mirada; y sin hacerme caso, sin atender á mis ruegos ni devolverme mis caricias, se encerró en su habitación exclamando: «¡Me han perdido! Estoy deshonrado. ¡No me queda más salvación que la muerte!»

CLARA ¿Eso dice?

LUISA Sí, eso.

CLARA Es extraño, porque yo creí hacerle un gran beneficio interceciendo, como intercedió también Félix, el señor de Olmedo, á favor de su libertad.

LUISA (Con energía.) Sí; como beneficio lo recibí yo también, pero... es que sin duda ignoras que al concederle la libertad, no han encontrado otra razón en qué fundarse que la de suponer, que mi hermano, mi Pablo, ha de-

latado á sus compañeros, y esto... esto no sólo es la muerte, es algo mil veces peor; ¡es, es la infamia por toda la eternidad!

CLARA ¿Y tú crees?

LUISA Creo .. que eso es una venganza de tu marido; y aunque sospecho la causa de ella, no tengo la certeza; pero la tendré, sí, la tendré; porque á eso he venido y tú me la darás.

CLARA ¿Yo? (Aterrada)

LUISA Sí, tú.

CLARA Pero... si yo no sé nada. Sólo sé que con el señor de Olmedo me interesé...

LUISA (Sin dejarla acabar.) ¡Ah, sí! El señor de Olmedo; también está mezclado en este asunto el señor de Olmedo y esa es la causa de tu silencio; pero yo lo aclararé; con tu ayuda... si á ayudarme te avienes, si no... sola, con la ayuda de Dios.

CLARA No te comprendo.

LUISA Hablemos con claridad. La causa de la persecución de tu marido á mi infeliz hermano es el no haber querido éste revelar quién le entregó un depósito que entre los papeles de la conjuración encontró el señor de Valdenebros en mi casa. Pues óyeme bien: nadie, ¿me entiendes? nadie más que el señor de Olmedo, al ir á batirse esta mañana, ha entregado depósito alguno á mi hermano, ¿comprendes ahora?

CLARA No; no veo la relación.

LUISA Yo tampoco la veía al principio, porque ignoraba de qué se trataba; pero después lo he sabido todo; me ha enterado Martín, el antiguo asistente de mi hermano.

CLARA ¿Y supones?...

LUISA Supongo la realidad. Ese depósito era una caja, un cofrecillo; Martín me lo ha explicado bien; ese cofrecillo contenía papeles de la mayor importancia, según dijo el mismo señor Olmedo, el cual... (Bajando la voz.) en su desesperación, al saber que tu marido se le había llevado, pronunció tu nombre con lástima, sin darse cuenta de que alguien le escuchaba.

CLARA ¡Dios mío!

LUISA Sí; y esos papeles eran, indudablemente, tus cartas; las que escribías á Félix, después de tu casamiento; porque... á pesar de todo, seguíais amándoos.

CLARA ¡No, no es cierto!

LUISA Sí. Esas cartas son las que ha cogido tu marido. Yo no se por qué persigue á mi hermano en vez de vengarse del verdadero culpable Algo hay aquí que no comprendo, pero no importa, lo sabré. Mira, Clara, (Enternecida y cariñosa.) amiga mía, sé generosa. Yo no quiero perderte; te quiero como siempre; soy tu amiga, tu cariñosa compañera, yo no quiero tu perdición, no, pero por Dios, busca un modo, busquémosles juntas, ayúdame á devolver á mi hermano su honra y su dicha, porque si no... (Enérgica.) no respondo de lo que haré.

CLARA ¡Oh, sí, Luisa mía! Sí; te ayudaré, haré todo cuándo pueda, ¡pero por Dios, compadécete de mí! ¡Ven, ven, siento su voz, es él, ¡ten piedad de mí! (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

DON PABLO y VALDENEBROS

VALD. (Dejando pasar á don Pablo. ¡Otra vez por aquí, señor de Vargas!

PAB. Sí, otra vez, y otra, y hasta ciento si fuera preciso. ¿Le extraña á usted?

VALD. En efecto, debo confesarle que por lo menos creo inútiles...

PAB. ¿Mi insistencia y mis ruegos?

VALD. Sí, su actitud. (Con ironía.) Estaba usted á las puertas de la muerte, casi en las gradas del patibulo; la real clemencia, movida por las súplicas de algunas personas que por usted se interesaban, busca un pretexto para arrancarle de la muerte y devolverle la libertad. ¿Qué pretende usted todavía?

PAB. Pretendo mi honra, busco mi honor y la

tranquilad de mi vida. Deseo la libertad de todos mis compañeros ó mi prisión con ellos; y con ellos también mi tormento y mi muerte.

VALD. ¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

PAB. Sí, mucho. Usted tiene que ver mucho con todo esto, puesto que usted me ha reducido á prisión, usted ha registrado mis papeles y en ellos ha visto que yo soy el principal, casi el único culpable de todo; usted sabe que yo no he delatado á nadie, usted sabe por qué me han devuelto la libertad, esta libertad tan anhelada siempre, y que yo ahora maldigo, sí, maldigo, porque la he conseguido á costa de mi honra inmaculada.

VALD. (¡Oh, mi venganza es completa! ¡Honra por honra!) ¿Y qué quiere usted que yo le diga? Su Excelencia lo ha dispuesto así.

PAB. ¡Por Dios, señor de Valdenebros! ¡Usted que en otras ocasiones me ha demostrado simpatías, compadézcase de mí! ¡Se lo ruego por la memoria de su madre, por sus amores castos! ..

VALD. (¡Mis amores! ¡Ah, miserable!)

PAB. Por su honor, al cual usted rinde culto tan sagrado, compadézcase de mí, dígame á qué obedece esta trama infernal que me aniquila y me ahoga. Dígamelo, por Dios, ó quíteme la vida que me atormenta. Porque así moriré con honor; en tanto que si no me ampara moriré también, pero deshonrado y escarnecido!

ESCENA V

DICHOS y DON FÉLIX

FÉLIX (Desde la puerta.) ¡Don Pablo!

PAB. ¡Félix!

FÉLIX ¿Estorbo acaso?

VALD. No, no; pase usted, señor de Olmedo. (Félix entra y da la mano á don Pablo.) Llega usted á

tiempo. No podía venir con más oportunidad.

FELIX ¿Pues qué ocurre? ¿Puedo serles útil en algo?

PAB. Ocurre, que estoy deshonrado, querido Félix.

FÉLIX ¡Usted deshonrado! Eso es imposible.

VALD. Ocurre que está loco. (Con ironía.) Después del trabajo que ha costado salvarle... se empeña en que está deshonrado y quiere que le vuelvan á la prisión.

FÉLIX ¿Eso es cierto?

PAB. Sí, es verdad... pero no estoy loco.

FÉLIX (¿Qué misterio es este?)

VALD. Conque. . ahí le dejo con él. (A Félix.) A ver si usted le hace que sea razonable. (A don Pablo.) Caballero... usted me dispensará, pero otras personas me esperan y no puedo desatender á los que me favorecen. (Vase.)

ESCENA VI

DON PABLO y FÉLIX

FÉLIX Vamos, cálmese usted, querido don Pablo, y dígame lo que le sucede. Ya sabe usted que soy su verdadero amigo.

PAB. Sí, ya lo sé, querido Félix. Ansiaba verte, tenía necesidad de hablar contigo... pero ese hombre tiene razón; ¡estoy loco! ¡Si supieras!...

FÉLIX Yo también deseaba ver á usted. Le he buscado con ansiedad.

PAB. Sí, ya comprendo. A tí también te ha tocado tu parte en esta desgracia. Tu depósito ..

FÉLIX ¡Sí¡

PAB. Ya sabes lo que ha acontecido. Se lo llevó él con todos mis papeles. No me valieron ruegos ni súplicas. Todo fué inútil.

FÉLIX Sí, lo sé. ¡Qué desdicha!

PAB. Pero no tan grande como pudimos temer.

FÉLIX ¿Que no tan grande? ¿Por qué?

PAB. A tí lo que te importaba era el secreto; pues

bien, ese ha sido guardado; los papeles han sido reducidos á ceniza sin leerlos.

FÉLIX ¿Usted cree eso?

PAB. Así me lo ha asegurado ese hombre. Me dijo que no los había leído y yo mismo los he visto arder.

FÉLIX Le ha engañado á usted. ¡Los ha leído!

PAB. ¡Eso también! ¿Hay más vergüenzas y más dolores que sufrir? Perdóname, querido Félix, perdona mi desdicha. (Acongojado.)

FÉLIX No se trata ahora de eso. Lo que sucede es horrible, sí; pero de nada tengo que perdonar á usted puesto que de nada tiene culpa. Ocupémonos de usted; de su desgracia.

PAB. ¡Esta es tan grande, tan horrenda, que sólo tiene un remedio: la muerte!

FÉLIX ¡Oh! ¡Eso nunca! No está usted en su juicio.

PAB. Tú lo verás. No hay otro remedio á mi desventura.

FÉLIX Pero, sepamos de qué se trata. Yo creía que al estar en libertad...

PAB. Yo también en el primer momento lo creí una dicha; pero en seguida comprendí lo horrible de mi situación.

FÉLIX Explíquese usted.

PAB. En el primer instante me hice la ilusión de que el señor de Valdenebros había echado tierra al asunto y que no había preso á nadie más que á mí, dándome la libertad después, gracias á tu influencia y á la amistad de Luisa con Clara.

FÉLIX Esto último también lo creímos nosotros.

PAB. Desdichadamente la realidad más negra vino pronto á mostrarme lo triste de mi situación.

FÉLIX ¿Qué, querido don Pablo?

PAB. Que han fundamentado mi libertad en el servicio que he prestado descubriendo la conspiración.

FÉLIX ¡Qué horror!

PAB. Sí. ¡Horror tremendo! Se dice que los he vendido.

FÉLIX ¡Pero eso no lo creerá nadie! ¡Eso es imposible.

PAB. Lo cree todo el mundo. He recorrido las casas de todos mis compañeros y en todas ellas me han recibido con improperios y con insultos. En vano he tratado de justificarme; nadie me ha escuchado; para todas esas desdichadas familias soy el traidor, el miserable, ¡el Judas!...

FÉLIX ¡Pobre don Pablo! Pero eso se desvanecerá. Encontraremos medio de justificarle.

PAB ¡Imposible! ¡No hay otro que la prisión ó la muerte! He acudido á todas partes, y todas las puertas se han cerrado á mi llegada. En el Ministerio no me han recibido; sólo me han dicho que eso es incumbencia de la policía. Esta dice que el asunto sólo compete al juez que ha incoado el proceso, y éste, Valdenebros, ya has oído lo que dice: que no sé lo que pido. ¡Que estoy loco! ¡Ya ves, ya ves si tengo razón cuando digo que sólo la muerte puede librarme de tan cruel suplicio!

FÉLIX ¡La muerte, no!

PAB. ¡Sí, la muerte! La muerte por mi mano ó en el patíbulo; en ese patíbulo infamante y horrendo, y que ahora contemplo como un trono de gloria, en el que recobraré mi honor.

FÉLIX ¡No, eso no! Y el suicidio tampoco, nada probaría.

PAB. Sí. Verían al menos que yo no los he vendido por salvar la vida.

FÉLIX Creerían que era remordimiento, y no se rehabilitaba usted.

PAB. Es verdad.

FÉLIX ¡Don Pablo! ¡Amigo mío! ¡Valor!

ESCENA VII

DICHOS, LUISA.

LUISA (Saliendo por la izquierda.) ¡Pablo!

PAB. ¡Luisa! ¿Tú aquí? ¿Nada me habías dicho?

LUISA No, nada te dije por temor de que te opusieras á mi resolución; pero te ví tan herido

y tan angustiado, que juré volverte tu calma y lo conseguiré.

FÉLIX ¿Usted?

PAB. ¿Tú, mi pobre Luisa?

LUISA ¡Yo, sí!

PAB. ¿Y qué podrás tú, pobre mujer, contra estos enmarañamientos de la justicia?

LUISA Pues sí, he podido. Las mujeres somos muy sagaces; mucho más sagaces que los hombres. ¿No es cierto, señor de Olmedo?

FÉLIX (¿Qué quiere decir?...)

PAB. ¿Que has podido!... ¿Qué sabes? ¡Habla!

FÉLIX ¡Sí, hable usted!

LUISA Sé .. que aquí es donde está la causa de tu deshonra. (Aparte á don Pablo.) (El depósito; la caja del señor de Olmedo.)

PAB. (Aparte á Luisa.) ¡Oh! ¡Calla por Dios! le perderías. (Por Félix.)

LUISA Pero te rehabilitaré á tí.

FÉLIX ¡Luisa por Dios! ¡Una sospecha horrible se apodera de mi alma! ¡Hable usted, por compasión, hable usted!

PAB. ¡No! ¡Calla, calla! ¡No añadas una nueva desdicha á las que ya pesan sobre mí!

LUISA ¿Que hable? ¡Pues bien, sí, hablaré! Por la honra del nombre glorioso que llevó sin mancha una familia de héroes y de mártires, y que ahora se ve mancillado por la calumnia; hablaré pero sólo para decirle, (A Félix,) llame usted á esa puerta. (Señalando á la izquierda.) ¡Ahí se encuentra el secreto de la desgracia de mi hermano!

FÉLIX ¡Clara!

LUISA Sí, ella. Las cartas de usted.

PAB. ¡No, no, calla! ¡Dios nos salvará!

FÉLIX ¡Jesús!

LUISA Vámonos... (A don Pablo.)

FÉLIX (Deteniendo á don Pablo.) ¡Ah, no! ¡Eso, jamás! No salga usted de esta casa. Si lo que ya sospechaba, si lo que Luisa acaba de indicarme es cierto, yo le juro por mi honor de caballero y de soldado, por la memoria de mi padre, que tanto le amaba y que le debía á usted la vida, yo le juro que le salvaré. (Vanse don Pablo y Luisa por el foro.)

ESCENA VIII

FÉLIX

FÉLIX (Llegándose á la puerta de la izquierda.) ¡Clara! ¡Clara! (¡Oh, sí, le salvaré, lo diré todo, aunque tenga que sacrificar mi vida y el amor de ella, de mi Clara, que es lo más sagrado para mí!

ESCENA IX

FÉLIX y CLARA

CLARA (Saliendo.) ¡Ah, eres tú! ¿Qué ocurre? ¿Qué nueva desgracia nos amenaza?

FÉLIX Ocurre, Clara mía, que ya es imposible el fingimiento, que no puedo más.

CLARA ¿Qué quieres decir?

FÉLIX Digo, que he llegado á convencerme de que tu marido cree al coronel Vargas culpable de nuestro delito.

CLARA ¿Que él cree culpable?...

FÉLIX Sí, lo cree, y se venga de él de la manera más horrible.

CLARA ¿Vengarse de él y le pone en libertad?

FÉLIX Pues esa es precisamente su venganza.

CLARA ¿Pero... estás loco? Lo primero es vivir. ¿Quién te ha dicho que este haya sido el motivo de la libertad de tu amigo? ¿Te lo ha dicho él?

FÉLIX ¡Ah, él no! El no me lo hubiera dicho aunque de cierto lo supiese. Pero me lo ha indicado claramente Luisa, su hermana, que como tú sabes, conocía el secreto de nuestros amores.

CLARA (Con energía.) Pues bien, sí, es cierto; pero no fuí yo quien lo dijo; él fué, mi marido el que se aferró á tal idea; yo negué al principio... negué, sí, hasta con energía; pero no me creyó, y entonces yo... callé.

FÉLIX ¡Pobre Clara mía! ¿Por qué no me lo dijiste todo? ¡Es horrible, horrible!

CLARA (Con más energía.) Porque no debí decírtelo, no; porque quise salvarte, porque tú eres para mí lo primero en el mundo. (Acercándose á Félix.) Escucha. Si él hubiera estado libre, si de mi acusación le hubiese sobrevenido la prisión ó la muerte, te juro que jamás, jamás habría dejado que mi marido sospechase de él; pero sucede lo contrario; precisamente por esta sospecha le pone en libertad, en tanto que á tí... ¡Oh! ¡A tí sí que te daría la muerte!

FÉLIX No, no lo hará; pero si lo hiciese... no importa, yo tengo un deber que cumplir, y lo cumpliré.

CLARA ¿Qué intentas hacer?

FÉLIX ¿Qué he de hacer? Lo que es indispensable, lo que exige mi honor y mi conciencia. Confesar la verdad.

CLARA ¡Pero eso es tu muerte!

FÉLIX Entre mi muerte, siendo culpable, y la muerte y la deshonra de don Pablo, que es inocente de este crimen, no tengo derecho á elegir.

CLARA ¡El no morirá!

FÉLIX Ese ha sido tu error. Morirá en breve si no le devolvemos su fama, sacrificada á nuestro egoísmo y á nuestra cobardía. Yo no puedo consentirlo, no; mi padre le debió un dia la vida. Yo le salvaré. Sólo hay un medio de resolverlo todo.

CLARA ¿Cuál?

FÉLIX ¡Huyamos! Nuestra fuga hará ver á tu marido que el culpable soy yo.

CLARA ¡Huir, no! ¡Huye tú solo!

FÉLIX ¿No? ¡Pues bien! ¿Tú lo quieres? Sea. (Llamando desesperado por el foro.) ¡Don Ignacio! ¡Señor Valdenebros!

CLARA ¿Qué haces?

FÉLIX ¡Ya lo ves! Llamarle, para arrojar esta angustia, que me pesa hasta ahogarme.

CLARA ¡No, no! ¡Calla! Huiré contigo si es preciso; pero no hables, no; ¡por piedad!

ESCENA IX

CLARA, FELIX, VALDENEBROS

CLARA (Viendo entrar á Valdenebros) ¡El!

FÉLIX (Aproximándose á Clara, en ademán de defenderla.) ¡Sí, él! ¡Ya es tarde! Dios mismo parece que le envía á tiempo para no amontonar más infamias.

VALD. (Sonriente.) ¿Ustedes aquí? ¿Me llamaba usted señor de Olmedo?

FÉLIX Sí, le llamo. Tengo que hablar á usted de un asunto importante.

VALD. ¿A mí? Bien... Estoy á sus órdenes. Ten la bondad de dejarnos, Clara.

CLARA Estoy enterada de lo que va á decir; por consiguiente, me quedo.

VALD. Está bien. Hable usted.

FÉLIX Señor Valdenebros, esta mañana, en cumplimiento de su obligación de magistrado, hizo usted un registro en casa de mi amigo el señor de Vargas.

VALD. (Con violencia.) Sí, pero eso no es nuevo para usted. ¿Por qué me habla usted más de ese hombre?

FÉLIX Permítame usted continuar. En ese registro se apoderó usted de un cofrecillo que el señor de Vargas tenía, y acerca del cual le aseguró que era un depósito.

VALD. ¡Bien! ¿Y qué? (Más violento.)

FÉLIX Esos papeles eran cartas.

VALD. (A Clara.) ¿Así ha cumplido usted su promesa?

FÉLIX Sí, la ha cumplido. Ella nada ha dicho. Esas cartas, que no tenían nombre alguno, no estaban dirigidas al señor de Vargas, aunque así lo haya usted creído al encontrarlas en su poder.

VALD. ¡Que no! ¿A quién estaban dirigidas entonces?

FÉLIX ¡A mí!

VALD. (Asombrado.) ¿A usted?

CLARA ¡Es falso!

FÉLIX ¡A mí! ¡Lo juro por mi honor!

CLARA ¡Miente!

FÉLIX ¡No, no miento! Yo soy el culpable. Lo confieso, no para hacer alarde de mi delito, que reconozco y abomino, sino para salvar á un inocente. (Señalando hacia fuera, donde está Vargas.)

VALD. Pero... ¡si no es posible!

FÉLIX ¡Sí, sépalo usted y acabe esa persecución terrible emprendida por usted injustamente contra un hombre de honor! ¡Vénguese usted en mí, y su venganza será justicia, pero no en él, que es inocente de este delito!

CLARA ¡No! se acusa por salvar á un amigo la honra y la vida.

VALD. (Con ira reconcentrada.) Sí; ¡la honra y la vida! Ambas habrá de darme; porque de aquél, de ese que no se llamaba mi amigo, cuya mano no estreché jamás, podría contentarme con la honra; pero ¡á éste! á éste le arrancaré también la vida.

FÉLIX No pienso disputársela. Disponga usted de ella á voluntad.

VALD. ¡Y yo que he calumniado á un hombre de bien! Pero... ¡se hará justicia... sí! ¡se hará!

ESCENA X

DICHOS, DON PABLO; después LUISA, DON EMETERIO y DON APOLINAR.—Entran mientras comienza el diálogo manifestando la sorpresa y la ansiedad propias de la situación, pero sin llamar la atención del público

PAB. ¿Qué sucede? ¡Félix!

VALD. (Colocándose delante de la mesa. Vargas en medio de la escena; Clara estará en primer término; Félix á la derecha de Clara y algo separado de ella; Luisa junto á Félix, á su derecha, y los otros dos en el fondo de la escena.) ¡Sucede que soy un mal juez, un magistrado infame!

EMET. ¿Usted?

VALD. Sí; yo, á quien todos tenian por un hombre intachable é incorruptible, he faltado á mi

conciencia y á la ley. Por llevar á cabo una venganza he deshonrado, acusándole de traidor, á ese hombre, (Señalando á Vargas.) que es modelo de lealtad y de honradez. Pues bien; esto es falso; yo juro por Dios que me oye que esto es falso. El traidor, el que ha de sufrir la pena infamante del patíbulo, es este. (Señalando á Félix.) ¿Es cierto que usted es el culpable? ¿Que esa caja contenía las pruebas de su culpabilidad y de su traición?

FÉLIX (Mirando á Clara.) ¡Sí, es cierto!

PAB. ¡No! ¡Es falso!

CLARA ¡Sí, falso; él no es conspirador!

VALD. ¡Señora! (Dirigiéndose á Clara con ira.)

CLARA ¡No es traidor! ¡Ni Judas! ¡Le castiga porque le amo! (Adelantando y acercándose á Félix con resolución.) ¡Sí, le amo!

FÉLIX ¡Clara mía!

VALD. (Ciego por la ira al ver que Félix tiende sus brazos á Clara, coge una pistola de las que hay sobre la mesa y dispara diciendo:) ¡No, mujer infame, eso no! ¡Muere, ya que has hecho pública mi deshonra! (Félix se pone ante Clara y recibe el tiro dirigido á ésta; cae herido. Todos se aproximan.)

CLARA ¡Jesús!

FÉLIX ¡Clara!

PAB. ¡Pobre amigo mío!

(Situación: Valdenebros queda erguido delante de la mesa; Félix cae en el sofá que habrá junto á la chimenea; Vargas acude á socorrerle al decir «¡pobre amigo mío!» Luisa, que se ha ido durante la escena, sostiene á Clara que cae desmayada sobre su hombro, y los otros dos quedan en el fondo de la escena.)

VALD. Como juez, he faltado á mi deber; como hombre, he lavado mi honra. Reo soy; pero tal es mi gozo, que si fuera posible, firmaría yo mismo mi sentencia. (Telón.)

FIN DEL DRAMA

LA PÁJARA PINTA

LIBRO DE

Antonio Soler
y Emilio Múgica

MÚSICA DE

ROBERTO ORTELLS

Copyright, by A. Soler y E. Múgica, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1914

LA PAJARA PINTA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

557:10

LA PÁJARA PINTA

OPERETA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

basada en varios pasajes de una obra extranjera

LIBRO DE

ANTONIO SOLER y EMILIO MÚGICA

MÚSICA DEL

MAESTRO ORTELLS

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 18 de Septiembre de 1914

DRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ADRIANA	Srta. Riaza.
ISABEL	Paisano.
COLOMBA	Sra. Sanford.
MAD. MARGOT	Romero (C.)
DORA	Sanford.
SABINA	Berri.
EL CORONEL	Sr. García Ibáñez
PABLO	Gómez (V.)
LOZANO	Llorens.
DON CASTO	Codorniú.
EPIFANIO	Cumbreras.
VERDIER	Alares.
OFICIAL 1.º	Aznares.
IDEM 2.º	González.
IDEM 3.º	Vega.
CABALLERO 1.º	Alares.
IDEM 2.º	Corona.
IDEM 3.º	Falagán.
MR. ENRIQUE	Toha.
EL MESONERO	Toha.
UN TENIENTE	Aznares

Soldados, viajeras y viajeros

La acción de los dos primeros cuadros, en las inmediaciones de París. La del tercero, en París. Año 1913

Por derecha é izquierda, las del actor

NOTA IMPORTANTE.—Los cantables constan en la partitura.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Exterior de un mesón en las inmediaciones de París. A la derecha, primer término, reja con emparrado muy tupido. La reja practicable y casi pegada á la puerta de entrada al mesón: á la izquierda de ésta, mesas y sillas rústicas. La acción á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

OFICIALES de Infantería del Ejército francés, en traje de maniobras, acompañados de aldeanas; frente á las mesas de la puerta, hablando y bebiendo. De un lado para otro sirviendo y cobrando, EL MESONERO

Música

(Mutis de los Oficiales y de las aldeanas.)

ESCENA II

Un TENIENTE y VERDIER, soldado de línea. Va descalzo con las botas en la mano

Hablado

VER. Mi teniente.
TEN. ¿Qué te ocurre?
VER. Que no puedo dar un paso

y mire usted cómo tengo
que andar.

TEN. ¿Cómo?

VER. Pues... descalzo.

TEN. Ponte en seguida esas botas...

VER. Si es que me hacen mucho daño...
Mande usted que me las cambien.

TEN. ¿Después de haber roto el cabo?

VER. ¿Qué es el cabo, mi teniente?
Porque yo de cuentas no ando
muy bien, ¿sabe usted?

TEN. ¡Qué bruto
eres, Verdier!

VER. Algo, algo...

TEN. Pues el cabo es una cuerda
que se pone aquí.
(Mostrándole el sitio del dorso de la bota donde se pone.)

VER. ¡Ah, vamos!

TEN. ¡Y como tú la quitaste!...

VER. ¿Ya no me las cambian?

TEN. ¡Claro!
Anda, anda, ponte esas botas
y no vayas más descalzo. (Mutis por el foro.)

VER. Eso lo arreglo yo al punto.
Se lo pongo, lo machaco,
las cepillo, las doy lustre,
llego al almacén, las cambio,
y á ver entonces quién gana
á Verdier marcando el paso
cuando le digan ¡de frente!
Uno, dos, tres, cuatro...

ESCENA III

DICHOS y SABINA, que sale del mesón

SAB. ¿A dónde vas?

VER. (¡La Sabina!)
Voy á machacar un cabo.

SAB. ¡Por Dios, Verdier, no te pierdas!
Déjale si te ha hecho algo.

VER. Si es el cabo de las botas...

SAB. ¡Qué susto me habías dado!

VER. ¿Y qué, teneis mucha gente
en el mesón?

SAB. Así andamos.
Ahora el personal es nuevo.
Tu coronel, que ese ¡claro!
con esto de las maniobras,
ni para aquí, ni hace gasto.
Un viejo con una joven...
VER. Ya lo he visto, uno calvo
que te está haciendo la rosca
y le voy á dar un palo
que le voy á...
SAB. ¡Calla, calla...
Tú has visto visiones, ganso...
VER. Oye, que no se te olvide
darme en seguida el reparo
ese que me das, que tengo
el estómago averiado,
y sabes que necesito
muy á menudo arreglarlo.
SAB. Yo te lo daré á escondidas.
VER. Pues volveré dentro un rato
y sin que nadie me vea,
por detrás del emparrado,
te cacarearé en voz baja
como cacarea el gallo:
¡Kikiriki!, y si sales
primero ó no oyes mi canto,
¡Cuacuacuá! Hazme la rana
que ya vendré yo escapado.
SAB. ¡Adiós, Verdier de mi vida!...
VER. Que no me faltes, pedazo
de cielo.
SAB. ¡Que he de faltarte! (Entra en el mesón.)
VER. Me tiene atontolinado...
Joven, elegante, guapa...
¡Verdier, has hecho un hallazgo!
(Mutis por la izquierda.)

ESCENA IV

PABLO y DON EPIFANIO por el foro izquierda

PABLO ¿Qué hay, amigo?
EPIF Nada nuevo.
Aquí vine á distraerme.
Cada vez estoy más triste.
No te conté...

PABLO (Treinta veces
lo menos.) ¿La historia aquella
de su mujer? Me parece
que sí, señor. (¡Es más posma!)
EPIF. En Marsella fué. De veinte
á veintidós años hace...
Rubia, elegante, atrayente...
¡Lelé! ¡Lelé! ¡Seductora!
Pnes no me escribió diciéndome...
PABLO (Como en París. No se enmienda.)
EPIF. Aguarda que lo recuerde...
«Epifanio de mi alma...
PABLO (No hay persona á quien no encuentre
que no le hable de lo mismo.)
EPIF. «Ven al instante, porque eres
padre de una hermosa niña
y envíame si no vienes...»
PABLO ¿Doscientos francos, no?
EPIF. ¡Justo!
¿Lo sabías?
PABLO (¡Será imbécil!)
Si usted me lo ha referido...
EPIF. Fuí á Marsella y ¡que si quieres!
¿Qué será de aquella niña?
¡Si yo saberlo pudiese!
Tú ya ves cómo la busco...
PABLO Aún puede ser que la encuentre...
EPIF. Adiós, Pablo.
PABLO Hasta otro rato...
(Mutis don Epifanio por detrás del mesón.)
Siempre con él me sucede
lo mismo. Ha de relatarme
la historia catorce veces.
En fin, Pablito, á lo tuyo
que es lo que más te concierne.
Mi futura con su padre...
¡Quiera el cielo darme suerte!

ESCENA V

DICHO, ISABEL, DON CASTO

CASTO ¡Por vida de mil demonios!
Que no reventara el sastre.
Ya se me cayó la hebilla.

ISABEL Se cose. No hay que apurarse.
CASTO (A Pablo.)
De eso tienes tú la culpa.
PABLO ¿Quién, yo?
CASTO Tú, que das al traste
con mi paciencia.
PABLO ¡Don Casto!
CASTO ¿Puedes por fin explicarme
por qué en secreto te casas?
ISABEL Papá, ¿qué le importa á nadie?
Lo sé yo, que he de saberlo.
CASTO Eso te crees, que lo sabes.
PABLO Bueno; vamos á la iglesia,
dejemos que el tiempo pase
y cuando hayan transcurrido
unos meses de este lance,
le diré lo que me veo
precisado ahora á ocultarle.
CASTO Pues no consiento la boda.
ISABEL Que buscas que no me case...
CASTO Quiero saber..
ISABEL No te dicen
que lo sé yo...
CASTO No es bastante.
¿Soy algún cero á la izquierda?
ISABEL Es muy justo que te alarmes,
pero todo es en bien nuestro.
CASTO Bueno; tú sabrás lo que haces.
Por mí, vamos á casarnos,
es decir, á que te cases;
pero después no me culpes,
PABLO Vayan ustedes delante
que tengo aquí unos momentos
por precisión que quedarme.
Aún he de hallar un testigo.
CASTO ¿Quieres que al del mesón hable?
Conque lo ponga en la cuenta...
PABLO ¡No haga usted tal disparate!
porque es muy chismoso y puede
referirlo en cualquier parte.
CASTO Pues anda, vamos al templo.
(¡Todo con tal que se case!)
¿Dónde estará la Sabina?
¡Qué ojos! ¡Qué cara! ¡Qué talle!
A ver si puedo á la vuelta...
ISABEL ¡Ay, Pablo, como me engañes!

PABLO No pienses tontunas. Anda...
Ves del brazo de tu padre.
(Mutis de Isabel y don Casto por el foro derecha.)

ESCENA VI

PABLO, EL MESONERO, por el mesón; LOZANO, por el foro derecha y SABINA, dentro. El segundo de paisano

PABLO Pues, señor; estoy temiendo
no encontrar otro testigo.
LOZ. A ver... Un pienso. . En seguida.
MES. ¿Para usted?
LOZ. (Saliendo.) No seas borrico...
Para mi caballo.
MES. Al punto.
¡Sabina! ¡Sabina!
SAB. (Dentro.) ¡Tío!
(Mutis del Mesonero por el foro derecha.)
PABLO Sí que se parece... ¡Claro!
Como que es Lozano... ¡El mismo!
¡Lozano!
LOZ. ¡Pablo!
PABLO ¡Qué encuentro!
LOZ. ¡No has cambiado en lo más mínimo!
PABLO Ni tú tampoco. ¿Qué te haces?
LOZ. Soy militar.
PABLO Me lo dijo
no sé quién.
LOZ. Y me he casado.
PABLO Yo voy á hacerlo ahora mismo;
por cierto que desearía
me sirvieses de testigo,
porque estoy en un apuro.
¡Ya verás qué compromiso!
Me presentaron en Arras
á un comandante en activo,
hoy ya coronel de línea,
casado con un hechizo
que me trajo de cabeza.
Yo hacía por impedirlo,
pero jóvenes... vehementes...
sucedió...
LOZ. Me lo imagino.

PABLO Hasta que por fin, un día
se nos presentó el marido.
LOZ. ¿Y vengó su honor de esposo?
PABLO Otra cosa fué lo que hizo.
Todo París lo sabría.
¿Iba á ponerse en ridículo?
Él es hombre de talento...
¿Qué dirás tú que me dijo?
«Seguiremos como siempre,
siendo los dos tan amigos;
pero... ¡ay de ti! si te casas
y yo saberlo consigo,
pues como tarde ó temprano
seas tú también marido,
me reservo para entonces
la venganza y el castigo.
Y si tu esposa no accede,
te dejo seco de un tiro...
y si viuda se resiste
hago con ella lo mismo...»
Y como es hombre que cumple
de sobra lo prometido
y yo deseo casarme,
aquí de mi compromiso.
¿Cómo le digo á mi esposa
que yo una vez .. y á mi amigo
cómo le anuncio mi enlace
para que?... Antes me tiro
al Sena.
LOZ. ¡Sí que es gracioso!
PABLO Para ti muy graciosísimo,
pero para mí, ¡un cuerno!
LOZ. Y si ahora aquí, sin bullicio,
te casas, tú crees que es fácil...
PABLO Eso es lo que he decidido.
LOZ. ¿Y cómo diablos se llama
ese... servicial amigo?
PASLO Augusto Cornet.
LOZ. ¡Qué dices!
¡Mi coronel!
PABLO ¿Cómo?
LOZ. ¡El mismo!
A él vengo aquí á presentarme.
PABLO Lozano... te lo suplico.
No me gastes esas bromas,
mira que estoy que no vivo.

LOZ. No te miento, no; y es hombre,
á juzgar por lo que he oído,
que le gustan las señoras
con verdadero delirio.
Cásate y huye de Francia.
PABLO Crees que debo...
LOZ. Sí, sí, chico;
cuanto antes, mejor.
PABLO Entonces,
Lozano, sé compasivo.
Quédate, que me haces falta.
LOZ. Si es en seguida...
PABLO Ahora mismo.
En la iglesia nos esperan.
¡Ya tengo los dos testigos!
(Vanse por el foro izquierda.)

ESCENA VII

ADRIANA y OFICIALES, por la derecha

Música

Hablado

ADRIANA Sale como lo he pensado.
Siempre me sucede igual.
En habiendo maniobras
es mi triunfo colosal. (Entra en el mesón.)

ESCENA VIII

CORONEL por el foro izquierda. SABINA en la reja practicable del mesón: después VERDIER por el foro derecha

SAB. ¡Cuacuacuá!
COR. (¡Canto más raro!)
SAB. Ven, que ya tengo el reparo.
Cógemelo desde fuera...
COR. (¡Calla, pues si es la ventera!)
SAB. Antes tú que yo has venido,
COR. (La pobre me ha confundido
y va por otro á tomarme.)

SAB. Hoy tienes que perdonarme...
COR. (En voz muy baja y acercándose á la pared, de refilón, para no ser conocido.)
¿Por qué?
SAB. Porque no he podido
traerte más que dos.
COR. Lo siento.
SAB. (Dándole una cosa envuelta en un papel.)
¿Te la comerás?
COR. Presiento
que sí, mi bien. (La aventura
sí que en extremo es graciosa.)
SAB. ¿No me pides la otra cosa?
COR. ¡Claro, que sí, criatura!
¡Dámelo, dulce embeleso!
SAB. Toma y adiós...
COR. (Frente á la reja.)
Venga.
(Suena el chasquido de un beso.)
¡Un beso!
¿Para quién diantre sería?
SAB. ¡El Coronel! ¡Madre mía!
(Se retira de la reja.)
COR. ¡Grande fué la decepción!
¿Y esto qué es? Huele á jamón.
VER. (Saliendo.)
¡Kikirikí!
COR. (¡Ah, demonio!
¡Era para este bolonio!)
Ven aquí...
VER. ¡Me han sorprendido!
¡Y es el Coronel! Me largo...
COR. (Dándole el jamón.)
Toma, me han dado este encargo.
Que sepan... que lo he cumplido.
VER. ¿Es posible?
COR. (¡Está en un brete!)
El jamón y.,. anda, vete,
porque lo demás no puedo
dártelo aunque yo quisiera.
Que te dé otro la ventera...
Lo que es ese me lo quedo.
VER. ¿También hubo para usted?
COR. Comprendo tu admiración.
VER. Eso es por lo que se ve,
que le gusta á usté el jamón.

COR. (No hay quien tal razón destruya.
¿Será simpleza ó virtud?)

VER. (Haciendo mutis por el foro izquierda, llevándose un trozo de jamón á la boca.)
Coronel... á su salud...

COR. Y yo lo otro, á la tuya...
(Oyénse dentro los pasos acompasados de los Soldados y las voces de mando del Teniente, hasta aparecer formados, los primeros por la derecha, seguidos del segundo. Al empezar el número asoma Adriana por la puerta del mesón, oyendo, sin ser vista, lo que dicen en escena.)

ESCENA IX

EL CORONEL, un pelotón de Soldados, seguidos de un TENIENTE y ADRIANA

Música

Hablado

ADRIANA ¿Lo vió usted?

COR. Sí que es verdad.
Fué mi previsión bien poca.
No hay quien se sienta de roca
ante tal divinidad.

ADRIANA Esto ha sido una aventura
que hemos de olvidar los dos.

COR. No he de hacer yo esa locura.

ADRIANA Coronel...

COR. Linda hermosura...

ADRIANA Hasta otro rato...

COR. Id con Dios.
(Mutis de Adriana por el mesón.)

ESCENA X

EL CORONEL. Después PABLO

COR. Voy de un lance en otro lance.

PABLO (Por el foro, sin ver al Coronel.)
Ya he cumplido con la iglesia.

Terminó la cere...
(Viendo al Coronel.) ¡Horror!

COR. (Asombrado.)
¡Pablo! ¡Tú!

PABLO (¡Abrete, tierra!)
(Señor, que Isabel no llegue!)

COR. Si alguna cosa te inquieta
y puedo yo...

PABLO Nada, nada...

COR. Ya sabes que tu existencia
es para mí muy querida.

PABLO Sí... sí...

COR. Porque me recuerda
lo que cierta vez te dije:
Un día tendrás la idea
de casarte.

PABLO ¿Yo? ¡Estás fresco!

COR. Te equivocas. Todo llega.

PABLO (¡Con tal que Isabel no llegue...)
Es que... el aire me molesta.
Pasaremos á mi cuarto...

COR. ¿Qué, te duele la cabeza?
¿Te da acaso algún ahogo?

PABLO No, hombre, no; no seas pelma.

COR. Si es nervioso lo que tienes
el aire se recomienda
para esos males.

PABLO Es que...
(Viéndoles venir por el foro.)
¡Ahí están ya! Quién pudiera
ahora convertirse en pájaro...
¡Esto concluye en tragedia!

ESCENA XI

DICHOS, ISABEL, DON CASTO, luego LOZANO. Todos por el foro derecha

CASTO ¿Dónde diantres te has metido?

ISABEL (No sé que le noto á Pablo.)

COR. Una mujer y muy bella...
¿Es usted el padre?

CASTO ¡Exacto!

COR. ¿Señorita?

CASTO No... ¡Señora!

PABLO (¡Lo dicho!)
COR. ¡Lindo tocado!
Que va de novia parece...
CASTO Como lo que es.
PABLO (Será bárbaro.)
COR. Luego viene de casarse...
CASTO Sí, señor.
ISABEL (¿Qué tienes, Pablo?)
PABLO (Que os calléis ó estoy perdido.)
COR. ¿Y quién la dicha ha encontrado
de conseguir tal fortuna?
PABLO Pues es, se llama... (¡Canastos
qué compromiso... qué apuro!)
LOZ. (Saliendo por la izquierda.)
Bueno, chico, yo me marcho...
PÁBLO (Ah, qué idea; este me sirve.)
(Presentándole al Coronel.)
Aquí está. Don Blas Lozano...
COR. Hombre, ¿es usted el que viene
desde Tolón trasladado
á mi regimiento?
LOZ. (Aturdido.) El mismo.
Voy vestido de paisano,
porque como ahora llego...
COR. Hoy todo está dispensado.
Tiene usted muy linda esposa.
LOZ. Mi Coronel, yo...
COR. Le aplaudo
la elección.
LOZ. Gracias, más...
PABLO. (A Lozano.) (¡Calla!)
CASTO. (A Pablo.)
¿Me quieres decir?...
PABLO (Don Casto,
silencio, por Dios.)
COR. ¡Preciosa!
LOZ. Muchas gracias.
ISABEL (Pero, Pablo.)
PABLO Cállate, que me fusilan.
(Dios te lo pague, Lozano.)
COR. Bueno... tú... métete adentro
y acuéstate, que estás malo.
PABLO } ¿Cómo?
ISABEL }
CASTO ¿Qué tiene?
COR. Nervioso.

ISABEL Pero... ¿cosa de cuidado?
(Hablan en voz baja en el foro Isabel, Pablo, el Coronel y don Casto.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ADRIANA, por la derecha. Luego VERDIER, por la izquierda

ADRIANA ¡Adiós, Lozano!
LOZ. ¡Hola, Adriana!
ADRIANA ¿En dónde diablos te metes?
LOZ. (¡Oh, qué idea se me ocurre!)
¡Ay, chica, qué á punto vienes!
¿Quieres ganarte mil francos?
ADRIANA Hombre, según como fuere...
LOZ. Pues haciendo una comedia,
sin estudio ni papeles,
que no compromete á nadie,
al contrario, favorece.
ADRIANA Siendo así, con mucho gusto.
Estas cosas me divierten.
LOZ. Coronel...
COR. (¡Diablo, la de antes!)
LOZ. Permítame le presente
á la señora de Pablo.
COR. Esta la...
PABLO ¿Mía?
ADRIANA Sí, de éste...
PABLO ¿Que tú eres?...
ADRIANA Yo, tu señora...
LOZ. (¡Cállese usted que le pierde!)
(A Isabel.)
CASTO No embrollar más el enredo,
porque ya ni Dios lo entiende.
COR. Pues no olvides lo pasado.
PABLO (¿Qué has hecho?)
LOZ. (¡Favorecerte!
Con ésta no tengas miedo.)
COR. (Riendo.)
Un número... á ver...
VER. (Saliendo con el cabo de las botas puesto y dando brincos por no poder andar.)
Presente.
COR. El del jamón y sujeto
por los pies, ¿qué haces, imbécil?

VER. Como el sargento me dijo
que con el cabo me fuese
al almacén á por otros,
los unté bien con aceite
y les puse un cabo nuevo
á ver si me las devuelven.
COR. ¿Pero qué dices, so burro?
VER. Que me pinchan. que me duelen;
pero que pinchen y duelan...
COR. No atino á qué te refieres.
CASTO Todos, todos rematados.
VER. Me quedan aun seis ó siete
que remataré en seguida.
LOZ. (A don Casto é Isabel.)
Callen, si salvarlo quieren.
ADRIANA Bueno, á ver en qué quedamos.
¿Soy tu esposa ó no?
PABLO ¡Lo eres!
COR. (Por Adriana.)
(Esta es plaza conquistada
á poco que se la cerque.)
ADRIANA (Soy una *Pájara Pinta*
con remuchísima suerte.)

MUTACION

Intermedio

(Los soldados cantan á telón corrido.)

CUADRO SEGUNDO

La cocina del mesón. Puerta al foro y laterales. En segundo término izquierda un gran hogar de campana. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

El MESONERO y COLOMBA, por la izquierda con guardapolvo de viaje

MES. Por aquí.
COL. ¿Pero usted cree que es él?
MES. Las señas que usted me da son las suyas.
Usted es su hermana, ¿no?

COL. ¿Su hermana?

MES. Porque su mujer me parece difícil. Está aquí con él.

COL. Si la mujer de Lozano soy yo, hombre de Dios.

MES. Entonces su hermana es la otra.

COL. ¡Claro que es la otra! (La otra es una cualquier cosa, como si lo viese.)

MES. Cuando usted guste.

COL. A su cuarto no, ¿eh? Quiero... sorprenderle.

MES. Y desea usted una habitación para usted sola, ¿no es eso?

COL. Eso sí, señor, sí... ¡Ah! Que no le vaya usted á decir...

MES. Descuide usted, señora. (Mutis derecha primer término.)

ESCENA II

El CORONEL, OFICIALES 1.º y 2.º por el foro

COR. ¿Está todo previsto?

OFI. 1.º Sí, mi coronel.

COR. No nos vayamos á dejar envolver por las avanzadas. No olviden ustedes que un disparo es la señal de la llegada del enemigo.

OFI. 2.º ¿Manda algo usía?

COR. No, nada.

OFI. 1.º A la orden, mi coronel. (Mutis de los Oficiales por el foro.)

COR. ¡Pobre Pablo! Casado en secreto por miedo á mi amenaza Si él supiera... ¡Ja, ja, ja! La que es una real hembra es la mujer de Lozano, y ¡recién casada!... Esta noche me tengo que enterar de qué pie cojea esa, porque no sé por qué me parece, me parece... (Mutis derecha.)

ESCENA III

ADRIANA y MAD. MARGOT, en traje de viaje; las dos por el foro. Lleva en brazos un perrito muy feo

ADRIANA ¿Y cómo se le ha ocurrido á usted venir?

MAR. Porque como el conde sospechaba...

ADRIANA No me hable usted más de él si quiere us-

ted que no nos incomodemos. Ahora mismo se vuelve usted á París, ¿sabe usted?

MAR. Pero...

ADRIANA Dentro de media hora pasa otro coche. El de Lion.

MAR. Es que quieres...

ADRIANA Que mañana cuando vaya él le diga usted que todo ha concluído entre nosotros.

MAR. Por Dios, sobrina; no hagas semejante cosa. Comprende que...

ADRIANA El amor se ha apoderado de mí, tía... ¡Estoy enamorada!

MAR. Lo que tú estás es como una espuerta de grillos. ¿Y cómo se llama el afortunado dueño de esa hoguera que se ha inflamado así tan de repente?

ADRIANA Pablo Duval. Por salvarlo de un compromiso, tengo que pasar unos días por su esposa. ¡Y si viese usted qué mal me sabe no serlo de veras!

MAR. Pero, chica, ¿estás en tu juicio?

ADRIANA Sólo he hablado con él dos veces y le amo, tía, le amo... ¡con delirio!

MAR. Vaya, pues buena suerte...

ADRIANA Y usted que tenga feliz viaje; ¿necesita usted algún dinero?

MAR. Ya me lo darás en París.

ADRIANA Como usted guste. Hasta dentro de cinco ó seis días, tía. (Mutis de Adriana por la derecha.)

ESCENA IV

MAD. MARGOT y DON EPIFANIO, por el foro

MAR. (Acariciando al perro.) ¿Qué te parece, Morito? Que tienes una amita que es una calamidad, ¿verdad, monín? ¿Cómo le digo yo al conde que se ha portado con ella como se ha portado...

EPIF. Aquí tampoco voy á conseguir nada. Mañana... á París otra vez... Pero... ¡qué veo! ¡si es ella! ¡¡La Lelé!!

MAR. ¡Epifanio!

EPIF. ¡No parece la misma!

MAR. ¡Qué aviejado está! ¡Lo que cambia el tiempo!

EPIF. Después de tantos años, ¡quién había de conocerte! ¿Y mi hija? ¿Qué se ha hecho de mi hija?

MAR. ¿De... tu hija?

EPIF. ¿No me escribiste que habíamos tenido una hija?

MAR. ¡Ah! Sí... sí... La tuvimos... ¡No habíamos de tenerla! (Se lo inventaría para pedirle dinero.) Pues sí... ya está casada .. (Yo la caso, qué demonio)

EPIF. ¿Casada? Me alegro. Así toda mi fortuna será para mis nietos.

MAR. (Es rico. Ya es otra cosa. Yo le encajo á Adriana.) Sí, querido Epifanio, sí... se casó... Con un hombre que delira por ella.

EPIF. ¿Y tú?

MAR. Yo también deliro.. por él. Es un yerno excelente.

EPIF. ¿Y cómo se llama?

MAR. ¿Su marido? Pues... Pablo Duval.

EPIF. Duval; ¿has dicho Duval?

MAR. ¿Qué? He dicho una tontería, ¿verdad?

EPIF. ¡Muy amigo mío!

MAR. (¿No lo dije?)

EPIF. Gracias á eso te perdono todo lo pasado. Marcharte con aquel imbécil. Es un hombre casto, me decías; espiritual, hermosísimo... (Mutis de los dos por la derecha.)

ESCENA V

PABLO é ISABEL, por el foro; al final, por el mismo sitio, el CORONEL

ISABEL Me quieres explicar...

PABLO Es un secreto de Estado. Verás. Tú esta noche duermes en el cuarto contiguo al de tu padre. Al amanecer estará ya preparado un coche. Nos vamos sin que se entere el coronel...

ISABEL Pero ¿qué tiene que ver el coronel en mis cosas?

PABLO Eso es lo que quiero yo, que no tenga nada que ver.

ISABEL Si yo supiese de qué se trata, le decía la verdad desnuda.

PABLO Desnuda no... De ninguna manera Las verdades hay que decirlas de cierto modo.

ISABEL ¡Ay, Pablo! Que todo esto se me figura un enredo tuyo para...

PABLO Calla, tonta... Si fuese un enredo mío no te diría... Preciosa de mi alma, mañana á estas horas estaremos los dos en nuestra casita de París.

ISABEL ¿De veras?

PABLO Abrazándonos así (Acompaña la acción á la palabra.)

COR. (Asomando la cabeza por el foro sin ser visto.) ¡La mujer del capitán abrazando á Pablo! ¿Es posible?

ISABEL (Bajando la voz.) Oye...

PABLO ¿Qué, mi cielo?

ISABEL Ahora voy á fingir que me meto en mi cuarto.

COR. (¿Secretitos también?)

ISABEL Pero te espero en la huerta. Antes de marcharnos de aquí quiero que me expliques...

PABLO Todo lo que tú quieras, mi tesoro. (Volviendo á abrazarla.)

COR. (¡Duro que es tarde!)

PABLO ¡Mi lucero!...

COR. (Y aun no hace veinticuatro horas que se ha casado. ¿Será poca vergüenza?) (Tosiendo.) Ejem, ejem.

ISABEL ¡El coronel!

PABLO Anda vete, que no nos vea juntos.

ISABEL Que no faltes. Estoy con la sobrina del ventero, ¡eh! que vayas. (Mutis por la izquierda.)

PABLO ¡Ay, qué noche de novios, madre mía; qué noche más poco afortunada!

ESCENA VI

PABLO, CORONEL; después LOZANO

COR. Gracias á Dios que te echo la vista encima, hombre.

PABLO Y yo también. Al fin vamos á poder hablar á solas.

COR. Todo lo pasado puede concluir con una sola frase.

PABLO No te entiendo.

COR. Que no me agrada tu mujer.

PABLO ¡Ven que te estreche entre mis brazos!

COR. La que me gusta una atrocidad, ¿á que no sabes quién es?

PABLO La ventera.

COR. Isabel. La mujer de Lozano.

PABLO ¿Qué dices?

COR. Que necesito tener una entrevista con ella y quiero que tú me ayudes.

PABLO Tendría que ver. ¡Faltarle yo á un amigo!

COR. Sí... ya he visto, ya, que eres incapaz de eso... (Acción de abrazar.)

PABLO ¡Cómo! ¿Has presenciado ahora?...

COR. ¡Que le debes á Lozano todo! Bueno; ya me arreglaré yo, no me haces falta. Mandaré al marido con cuatro soldados y un cabo á la otra orilla del río...

PABLO (¿Habrá granuja?)

COR. Y asunto terminado. Adiós y que te alivies, ¿eh? Hasta mañana, que arreglaremos el otro asunto. Porque de lo dicho ya no hay nada. ¿Lo oyes? Nada absolutamente. ¡Ja, ja, ja! (Mutis por el foro.)

ESCENA VII

PABLO y ADRIANA

ADRIANA ¡Pablito de mi vida!

PABLO (¡Adiós, la otra!)

ADRIANA ¡Ay, chiquillo! ¡Qué loca me tienes desde esta tarde! Parece mentira que el amor pueda entrar así tan de repente.

PABLO ¿Qué dices?

ADRIANA Que estoy dispuesta á seguirte hasta el fin del mundo.

PABLO ¡No, por Dios!

ADRIANA A serte la mujer más fiel de las mujeres.

PABLO ¡Menuda molestia!

ADRIANA Y á quererte con frenesí, con locura...

PABLO Te voy á tener que encerrar en un manicomio.

ADRIANA Espera, voy á ver si está aquí mi tía y como esté... ¡Adiós, pichón de mi alma!... (Mutis derecha.)

PABLO ¡Adiós, paloma torcaz! Bueno; yo busco á mi mujer y pongo pies en polvorosa ahora mismo, porque esto no puede seguir así. (Mutis izquierda.)

ESCENA VIII

ISABEL, perseguida por el CORONEL, por la derecha; DON EPIFANIO por el foro

ISABEL ¿Quiere usted hacer el favor de dejarme en paz? Mire usted que se lo voy á decir á mi marido.

COR. Si á usted su marido le tiene sin cuidado.

ISABEL ¿Qué dice usted?

COR. Que á usted quien le importa es el otro, Pablito.

ISABEL ¡Claro que sí!

COR. De modo que el pobre Lozano... ¡Ja, ja, ja!... ¿Lo ve usted?

ISABEL (¡Es verdad, ya no me acordaba!)

EPIF. Me dicen que la esposa de Pablo debe andar por aquí. ¿Será ésta?

ISABEL Caballero... (Tú verás.) No tengo el honor de conocer á usted, pero cuando es necesario pedir auxilio á un hombre de honor...

EPIF. ¿Qué le pasa á usted, señora?

COR. (Esta mujer me quiere buscar un lío. ¡Ah, pues yo la descubro; eso sí que no.)

ISABEL Este señor no hace más que importunarme.

EPIF. ¿Cómo se entiende? ¿De cuándo acá?...

COR. La señora es una despreocupada que se ha casado hace unas horas, y en mis propias barbas se atreve á decir que ama á otro hombre que no es su marido.

ISABEL ¿Que yo le he dicho á usted?...

COR. Sí, señora... que quiere usted á Pablo Duval.

ISABEL Y sí, señor, que le quiero; ¿por qué lo voy á negar?

EPIF. ¿De modo que es usted la que hace infeliz á mi hija?

ISABEL ¿Yo?

EPIF. Sí, usted. Pablo es casado, señora.

ISABEL ¿Y me lo viene usted á contar á mí?

EPIF. Con una hija mía.

ISABEL ¿De usted?

EPIF. Mía, sí; mía.

ISABEL Pero su hija de usted, ¿quién es?

EPIF. ¿Que quién es mi hija?

ISABEL Sí. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

EPIF. Que... ¿cómo se llama? (Pues no lo sé.)

COR. La hija del señor es la...

EPIF. Eso, la...

COR. Dígale usted quién es su hija, hombre.

EPIF. ¡Si lo sabe!

ISABEL No, señor, no...

EPIF. ¿Que no sabe usted quién es mi hija? Coronel, dígale usted quién es mi hija, haga el favor.

ISABEL (¡Ay, ay, ay! Me parece que he pecado de demasiado crédula. Probemos.) ¿Y cuándo, cuándo se casó su hija de usted con... Pablo? Porque usted asistiría á la boda, ¿no?... (He de hablar con usted, Coronel.)

COR. (¡Ha caído!)

EPIF. ¿Qué? .. ¿Cuándo? Hay cosas que huelga preguntarlas.

ISABEL Y esa es una de ellas, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! ¿Se convence usted, Coronel?

COR. Yo señora, creía... la verdad que...

ISABEL ¿Tiene usted la bondad de acompañarme á á dar un paseo por la huerta? Me duele un poco la cabeza y desearía...

COR. Con mucho gusto. ¡No faltaba más!

ISABEL (Ahora me entero quién es la que pasa por mí y qué secreto de Estado es ese que no quiere decirme mi marido.) Vamos, Coronel.

COR. A sus órdenes, señora. (Mutis de los dos, del brazo, por el foro.)

ESCENA IX

DON EPIFANIO y DON CASTO, por la izquierda; luego PABLO

EPIF. ¡Lo que puede una individua sin decoro! Ya ha engatusado también al militarote este.

CASTO Pero .. ¿y mi hija?... ¿Dónde demonios se debe haber metido?... Me parece que la mesonera me va á hacer perder el juicio. ¡Cómo está, madre mía!

EPIF. Hay mujeres que...

CASTO ¡Que si las hay! ¡Colosales!

EPIF. ¡Calle usted, por Dios!

CASTO Sí, señor; sí. (A éste le gusta también la mesonera.)

EPIF. Acabo de poner á una de vuelta y media, caballero.

CASTO Sí, ¿eh?

EPIF. Calcule usted que se entretiene en sacar de quicio á un hombre casado.

CASTO ¡Demonio! Eso es grave.

EPIF. A mi yerno. Usted debe conocerle... Pablo Duval.

CASTO ¿Que Pablo Duval es yerno de usted?... ¡Ja, ja, ja!

EPIF. ¡Sí, señor, sí; mi yerno!

CASTO ¡Pero, hombre de Dios, si Pablo Duval está casado con una hija mía!

EPIF. Perdone usted, con quien está casado es con la hija de un servidor.

CASTO ¡Usted está loco!

EPIF. El que está loco es usted, caballero. Usted por lo visto es aquel casto...

CASTO Sí, señor; que lo soy.

EPIF. Espiritual... hermosísimo.

CASTO Oiga usted. Esas burlas...

EPIF. El amigo de Lelé...

CASTO ¿De... Lelé?

EPIF. El otro, sí, señor; el otro.

CASTO ¿Pero me quiere usted explicar?...

EPIF. ¿Que usted no conoce á Lelé?... Como me vuelva usted á decir que no conoce á Lelé... (Amenazándole.) ¿Tendrá valor? ¿No se atreve á decirme que no conoce á Lelé?... ¡A mí, vamos!...

CASTO Pues no la conozco, no, señor.

PABLO (Entrando.) Nada, que no la encuentro por ninguna parte.

EPIF.
CASTO } ¡Querido yerno!

PABLO (¡La debacle!) (Llevándole entre los dos de un lado para otro.)

CASTO El señor es...

EPIF. Al señor no le tienes que hacer caso...

CASTO Oye...

EPIF. Escucha...

CASTO Atiende...
EPIF. Ven...
PABLO ¿Me quieren ustedes dejar en paz?
CASTO Dile á este majadero quién es tu mujer, anda...
EPIF. Eso... Dile á este imbécil quién es tu señora...
CASTO Díselo, hombre.
EPIF. ¿Qué haces ya que no se lo dices?

ESCENA X

ISABEL y LOZANO; luego COLOMBA; los primeros por el foro

ISABEL ¡Ay, maridito de mi vida!
LOZ. ¡Señora, por Dios!
CASTO ¡Isabel, haz el favor, ven acá!
ISABEL Caballero...
CASTO ¿Cómo?
EPIF. ¿Lo ve usted, hombre? Si á usted no le conoce nadie.
LOZ. Querido Pablo... Esto se ha concluído.
PABLO Ahora mismo, y pase lo que pase.. (A don Epifanio.) ¿No quería usted saber quién es mi esposa?... ¡Pues es ésta, caballero, ésta!
CASTO ¿Se convence usted?
EPIF. Entonces es la hija de Lelé. ¡Mi hija!
ISABEL No, señor; soy la esposa de este caballero (Por Lozano.) y ni á usted, ni á usted, ni á usted (Por Pablo, Casto y Epifanio.) tengo el gusto de conocerlos.
CASTO Pero, hija mía, ¿te has vuelto loca?
EPIF. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!
ISABEL (A Lozano.) Ya has oído, querido esposo, lo que te ha dicho el Coronel cuando nos has encontrado ahora del brazo.
PABLO ¿Cómo? ¿Tú del brazo del Coronel?
LOZ. Sí, hijo, sí. Y riéndose como unos tontos.
PABLO ¡Ea, esto se ha acabado!
CASTO ¡Gracias á Dios!
LOZ. Señora... Vaya usted con su marido.
ISABEL ¡Mi marido eres tú, sólo tú!
PABLO Isabel... No me hagas cometer un desatino, porque lo cometo.

ESCENA XI

DICHOS y el CORONEL por el foro. Luego COLOMBA por la derecha

COR. ¿Qué oigo, señor Lozano? Un militar que no defiende á su esposa, no es digno de llevar el uniforme.

LOZ. Pero mi Coronel...

PABLO ¡No es su esposa!

ISABEL Que yo no soy la esposa de... (A Lozano.) Contesta, hombre...

COL. (Aparte, sin pasar de la puerta de la derecha para no ser vista por los demás personajes.) ¡Gracias á Dios que le encuentro!

ISABEL ¿Soy tu mujer ó no?

COL. (¿Cómo?)

COR. (Indignado.) Usted me ha dicho que sí. Un militar no puede mentir nunca. ¿Lo ha oído usted, señor Lozano? ¡Nunca!

LOZ. Pues... sí, señor... es mi mujer.

COL. (Adelantándose.) ¿Que usted es la?...

LOZ. ¡Mi mujer!

ISABEL, PABLO, COR. ¡Su mujer!

EPIF. ¡Otra!

CASTO ¡María Santísima, qué lío!

PABLO Todo me está bien empleado, todo.

COL. ¡Calla! Pues sí es verdad que usted es la mujer de .. No la había confundido con... ¿verdad que ha tenido gracia, Coronel?

COR. No ha estado mal, no. (Y es también guapa, ¡magnífico!)

LOZ. Colomba, te juro...

COL. Señora, diga usted á su marido que de cuándo acá se permite ..

ISABEL Tiene usted razón; en mi presencia semejante atrevimiento...

COL. No me guarde usted rencor. Sólo he sido amiga suya una temporada, y hace de eso ya mucho tiempo. Usted es la única que tiene derecho sobre él. ¡Es usted su verdadera esposa! (Mirando con exagerado arrobamiento al Co-

ronel.) ¡Ay! Ahora es otro el que me tiene trastornada... ¿Verdad, Coronel?

COR. (Es su mujer, y nos ha comprendido.) Sí, tesoro de mi alma. Ahora soy yo, tu amor, tu vida, tu... (Suena dentro un tiro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MESONERO, SABINA, VERDIER. Luego varios OFICIALES por el foro, y al final ADRIANA

COR. ¡El enemigo! (Toque de corneta dentro.)

MES. ¡Será canalla! ¡Ay, ay!

SAB. ¿Le ha dado á usted, tío?

VER. Anda, pues no he disparado al mesonero... Y yo que creí que había sido al de la calva. ¡Ja, ja, ja!

COR. ¿Qué has hecho, animal?

VER. Soltarme un tiro, coronel. (Siguen dentro los toques de corneta.) ¡Gracias que sólo me ha chamuscado la oreja!

OFI. 1.º Mi Coronel, el enemigo está á la vista.

COR. No, hombre, no.

OFI. 2.º El enemigo, mi Coronel.

COR. ¡Que no!

OFI. 3.º Mi Coronel. ¡Ya está el enemigo!

COR. ¡¡Que no!! Al primero que lo vuelva á repetir, le mando arrestar inmediatamente. Aquí no hay más enemigo...

ADRIANA (Por la primera izquierda riendo á carcajadas.) Que yo... ¿Verdad, mi Coronel?... Pero si es que no puedo tenerme de risa... ¿Sabe usted qué me acaba de decir mi Lelé? ¿Usted no sabe quién es mi Lelé, Coronel? Esa que va con un perrito...

EPIF. ¡Cómo!... ¡Tú!... ¡Ella... ¡Nosotros!... ¡Sí! ¡Esa cara!... ¡Esa boca!... ¡Hija de mi corazón!

ADRIANA ¡Padre de mi alma!... ¡Ja, ja, ja!

MUTACION

CUADRO TERCERO

Vestíbulo de un hotel en París. Al foro gran arco que da acceso a una galería practicable á derecha é izquierda, viendose un parque al fondo. A la derecha, dos habitaciones señaladas con los números 14 y 15. A la izquierda otras dos, la 16 y 17. Mesa con periódicos, reloj, aparato de luz, cuadro con números para las llaves de los cuartos, cuadro indicador de llamadas, calendario, carteles anuncios, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MAD. MARGOT, con el perrito al brazo y Coro de VIAJERAS y VIAJEROS

Música

Hablado

(Mutis del Coro por el foro derecha é izquierda.)
¡Estúpidos! Ya quisiera alguno valer lo que tú. Si ellos supieran á lo que hemos venido, ¿verdad, Morito? A velar por la amita, que está aquí haciendo de las suyas. Y á ella ¿qué le importaría que los maridos de las otras las engañen ó no, vamos á ver?... ¡Cómo está la amita, Morito, cómo está!... En mi vida he visto una cabeza más loca...
(Entra en el cuarto número 15.)

ESCENA II

MR. ENRIQUE

Pues, señor, también han sido oportunos. Declararse en huelga doce camareros y diez y seis camareras Eso no me ha pasado en la vida. ¡Claro! Soy tan blando de carácter...

ESCENA III

DICHOS y DON EPIFANIO, PABLO y LOZANO, con grandes patillas blancas, rubias y negras respectivamente, vestidos de camareros en día de fiesta

PABLO ¿Se puede?
ENR. Adelante. Ustedes son...
PABLO Los nuevos camareros...
LOZ. Si su señoría nos admite ¡claro está!
PABLO Nosotros hemos servido en las principales fondas de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía.
ENR. ¿Cómo? ¿En Africa también han servido ustedes?
PABLO Sí, señor; en un hotel de cafres que se inauguró hace dos años.
ENR. Es original, caramba. De modo que ustedes saben servir á un caballero todo lo que pueda pedir, ¿no es eso?
PABLO Sí, señor, admirablemente.
ENR. A ver, usted. (A Pablo.) Supóngase que suena el timbre, ¿qué pasa?
PABLO ¿Qué timbre?
ENR. El de un cuarto cualquiera.
PABLO Pues no pasa nada.
ENR. ¿Cómo nada, hombre?
PABLO No, señor... Por regla general, cuando pasa algo es cuando no suena ninguno.
ENR. El que ha tocado es un caballero. ¿qué se hace?
PABLO Se procura que no reincida.
ENR. Que es una señora ..
PABLO Se la hace tocar otra vez.
ENR. Usted, joven. (A Lozano.) Llaman en una habitación donde hay un matrimonio, ¿qué hace usted?
LOZ. Decir á este que vaya.
ENR. No puede, porque ha ido á servirle el chocolate al esposo que ha bajado al comedor.
LOZ. Entonces entro yo inmediatamente.
ENR. ¿Cómo?
LOZ. Según sea la señora.
ENR. De los cuarenta para arriba.

LOZ. Con la rodilla de la limpieza arrollada en señal de prontitud.

ENR. Para abajo.

LOZ. Jugando con la rodilla.

ENR. A ver el otro. (Por don Epifanio.) Le piden á usted una copa de ajenjo, ¿usted qué hace?

EPIF. Fijarme en quien la pide.

ENR. Un señor de setenta años, esposo de una joven de veinte.

EPIF. ¡Malo!

ENR. ¿Cómo malo?

EPIF. Que á él se lo doy del peor.

ENR. ¿Y á ella?

EPIF. A ella se lo doy como me lo pida.

ENR. Quedan ustedes á mi servicio.

PABLO Gracias, señor.

LOS OTROS Muchas gracias.

ENR. Que les pongan á ustedes el frac. Me sirven. Son tres excelentes camareros.

(Mutis todos por el foro izquierda.)

ESCENA IV

ADRIANA, ISABEL y COLOMBA, vestidas elegantemente, por el foro derecha. Después, por el mismo lado, CABALLEROS 1.°, 2.° y 3.°

ADRIANA No decirles una palabra.

ISABEL Que miren lo que quieran.

COL. Es que nos siguen.

ADRIANA Que nos sigan. Hagámonos las distraídas.

ISABEL Hojeemos los periódicos. (Aparecen los caballeros. Van también elegantemente vestidos. Se detienen un momento, las miran con insistencia y hacen mutis por el foro izquierda, mientras ellas, entretenidas al parecer, con un periódico ilustrado cada una, los observan á hurtadillas hasta que hacen mutis.)

ADRIANA Perfectamente. Ellos volverán.

COL. ¿Tú crees?

ADRIANA Antes de cinco minutos van á ser nuestro cebo.

ISABEL Y los otros nuestras víctimas.

COL. Nos la jugaron, pero nos la pagarán.

ISABEL El uno, ocultándome su pasado borrascoso.

COL. Mi otra mitad ayudando al tuyo en sus aventuras.

ADRIANA Y yo sirviéndoles de juguete á los dos para engañaros más á sus anchas.

COL. Nos aliamos...

ADRIANA Y vaya una semanita que nos vamos á pasar en el mejor hotel de París.

COL. Libres, felices é independientes.

ISABEL Gracias al coronel, por supuesto.

ADRIANA ¡Ah! Que no os olvideis que nos aguarda después en el parque.

ISABEL Bueno, ¿pero de veras van á entrar aquí nuestros maridos de camareros?

ADRIANA Si no han entrado ya.

COL. ¿No ves que así nos espían, tonta?

ISABEL Les vamos á atormentar de lo lindo.

ADRIANA Esos tres majaderos que nos siguen van á favorecer nuestros planes.

ISABEL (Mirando hacia el foro izquierda.) Ahí los teneis de avanzada otra vez

ADRIANA Pues al ataque, que el tiempo es oro, compañeras. (Entran los caballeros.) ¡Ay! ¿Has visto este periódico, tú?

ISABEL No... (Los caballeros se van acercando.)

ADRIANA Es muy bonito.

CAB. 1.º Seguramente no tanto como usted.

ADRIANA Caballero...

CAB. 2.º Si estorbamos ..

ADRIANA A nosotras, ¿por qué? No, señor...

CAB. 3.º (A Isabel.) ¡Qué ojos, madre mía!

ISABEL (La de todos.)

CAB. 3.º Son dos carbunclos encendidos.

ISABEL (No, pues este es más cursi.)

ADRIANA Isabel, toca el timbre, haz el favor.

CAB. 1.º Si puedo á usted servirla en algo...

ADRIANA No, señor, muchas gracias. Es... al camarero al que vamos á llamar. ¿Qué quereis que nos traigan, cerveza ó limón helado, porque tengo la boca tan seca que?...

COL. A mí igual me da.

CAB. 2.º Si ustedes no se molestasen...

CAB. 1.º Nosotros también íbamos á pedir algo fresco y...

ADRIANA Son ustedes muy dueños...

CAB. 3.º Es que desearíamos que ustedes nos honrasen aceptando un cok-tail...

CAB. 2.º Una copa de Jerez...
CAB. 1.º Una botella de champagne... Es decir, si no hay nadie que...
ADRIANA No, señor. no... al contrario, muy agradecidas.
CAB. 1.º (Llamando.) ¡Camarero!
PABLO (Aparece por el foro, seguido de los otros dos.) ¿Llamaban ustedes?
LAS TRES ¡Ellos!
LOS TRES ¡Ellas!
ADRIANA Lo que es la falta de costumbre. Van en cuadrilla.
PABLO (¡Infame!)
LOZ. (¡Perjura!)
EPIF. (¡Pues si que la hija es de oro!)
CAB. 1.º Bueno, ¿qué van ustedes á tomar?
ADRIANA Yo lo que tengo es mucha sed.
ISABEL Y yo...
COL. Y yo...
ENR. (Por el foro.) (Estaré al paño no hagan alguna tontería...)

ESCENA V

ADRIANA, ISABEL, COLOMBA, CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º, PABLO, LOZANO, EPIFANIO y MR. ENRIQUE; ellas en primer término, los Caballeros á su lado y los Camareros fingidos detrás. Mr. Enrique paseándose por el foro

Música

Hablado

ADRIANA ¡Viva el placer!
TODOS ¡Viva!
CAB. 1.º ¡Camarero, más champagne!
EPIF. Pero, hijita mía...
ENR. Oiga usted... Esa confianza con las señoras...
ADRIANA Déjele usted, ¡pobre hombre!
ENR. ¡No faltaba más! ¿De cuándo acá se tiene que permitir llamarla á usted hija suya?
EEIF. Pues, ¿cómo quiere usted que la llame?
ENR. Señora mía...
COL. (Por Lozano,) Eso éste. Este sabe tratar muy bien á los parroquianos. Le conozco del restaurant Parisien... A ver, camarero... A mí

una bebida de *cocotte*. (Los demás forman grupo, animados.)

LOZ. ¡Señora, por Dios!

COL. Sí, sí, de *cocotte*... ¿Qué acostumbran á tomar las *cocottes* cuando tienen sed?

LOZ. Té, tila... flor de malva...

ENR. ¡Quite usted, hombre, por Dios! Cok-tail, señora, cok-tail.

COL. Pues eso, cok tail.

CAB. 2.º ¡Tres cok-tail! (Don Epifanio va de un lado para otro.)

(Mutis Lozano por el foro.)

CAB. 2.º (A Isabel.) ¿De modo que usted es casada?

ISABEL Pero separada de mi esposo, caballero.

PABLO El champagne. (Con más botellas.)

ENR. Descórchelas.

ISABEL Era un sinvergüenza.

PABLO (Atento a lo que dicen ellas sin saber lo que hace entrega la botella á monsieur Enrique.)

ENR Usted, hombre, usted.

PABLO Que yo soy un... (¡Miserable! Canalla! ¡Perjura!) (No atina á descorchar la botella.)

ENR. ¿Pero qué haces, hombre?

PABLO Destaparme... Digo, destaparla.

ENR. Trae aquí, calamidad.

COL. Las tres somos libres, caballero.

ISABEL Completamente libres.

LOZ. El cok-tail... (Con tres cok-tail.)

CAB. 3.º Venga...

ENR ¿Has oído, hombre?

LOZ. Sí, sí señor, sí... que son completamente libres.

ENR Si digo que sirvais en seguida el cok-tail. (Suena repetidas veces un timbre.) Llaman...

PABLO Que llaman, tú... (A Lozano.)

LOZ. Que llaman, don Epifanio.

ENR A ver cual va á ir. Uno.

PABLO Eso, uno.

EPIF. Claro, hombre, que vaya uno.

ADRIANA Que malo es usted, caballero.

ENR ¿A que voy á tener que ir yo? (Mirando el cuadro indicador.) Es en el 44.

LOZ. Lo que yo os habia dicho, el 44.

PABLO (¿Y dónde estará el 44?)

ENR. Los cazadores que se marchan, anda, hombre, corre.

PABLO — Que son los cazadores...

LOZ. — Los cazadores...

EPIF. — A ver lo que quieren los cazadores. (Todos hacen mutis foro derecha.)

ENR. — ¡Ahora todos! Y estos son los que han servido en tan buenos hoteles... Hoy mismo los pongo en la calle. Prefiero estar sin ninguno y hacérmelo yo todo. ¡Qué servicio, madre mía!... ¡Qué servicio! (Mutis por el foro en la misma dirección que los camareros.)

CAB. 1.º — ¿De modo que acceden ustedes?

ADRIANA — Bueno, miren. Ahora vamos al parque á deliberar las tres.

LAS OTRAS — Eso, sí... sí... ¡Al parque, al parque! ¡Dentro de media hora aquí.

CAB. 3.º — ¿Tanto tiempo necesitan ustedes para pensarlo?

ADRIANA — Ustedes haganme caso á mí, no sean tontos.

CAB. 2.º — ¡Conformes!

CAB. 3.º — Dentro de media hora en este mismo sitio.

IBABEL — ¡Ay! }
COL. — ¡Ay! } (Suspirando.)

CAB. 1.º — A nuestros cuartos á soñar, compañeros.

ADRIANA — Compañeras ¡al parque! (Ellos entran en las habitaciones números 14, 16 y 17 muy pausadamente echándolas besos que las tres figuran contestar hasta hacer mutis los caballeros. Entonces desaparecen por la derecha las tres entre grandes carcajadas.)

ESCENA VII

EPIFANIO, PABLO y LOZANO, por la izquierda

EPIF. — (Dirigiéndose al cuarto de madame Margot.) Aquí está mi hija.

PABLO — (Por el cuarto del Caballero 2.º) Y aquí la perjura de mi mujer.

LOZ. — (Por el cuarto del Caballero 3.º) Y aquí la infame de mi señora...

EPIF. — Ea, pecho al agua. Cúmplase nuestra venganza. A la una, á las dos y á las tres.

ESCENA VIII

DICHOS y MADAME MARGOT, que sale del cuarto número 15

MAR. Vamos á ver si encontramos á la amita, Morito.
EPIF. ¿Qué es esto?
LOS TRES ¡Ja, ja, ja!
MAR. ¿De qué se ríen ustedes, sinvergüenzas?
EPIF. (La Lelé.)
MAR. Ahora mismo voy á quejarme al dueño del hotel. ¿Qué te parece, Morito?... Burlarse de nosotros estos ganapanes... (Mutis por el foro izquierda.)
PABLO ¿A que se han ido con los imbéciles esos?
LOZ. (Por el cuarto del Caballero 3.º) ¡Pero si aquí se siguen oyendo suspiros!...
PABLO (Por el del Caballero 2.º) ¡Y aquí!
EPIF. (Desde el foro.) Ahí vienen.
LOZ. ¿Solas?
EPIF. Del brazo del Coronel...
PABLO ¿Qué hacemos?
EPIF. Ocultarnos en este cuarto. (Señalando al cuarto número 15. Mutis de los tres.)

ESCENA IX

LOS CAMAREROS ocultos en el cuarto de MADAME MARGOT y el CORONEL rodeado de ADRIANA, ISABEL y COLOMBA por el foro

ADRIANA No nos mire de esa suerte
porque nos trastorna usted.
COR. ¡Qué tres caras más divinas!
¡Qué tres cuerpos de mujer!
¡Sois á cual más hechiceras!
COL. ¡Muchas gracias, Coronel!
ISABEL Lo que ha hecho usted con nosotras
es tanto de agradecer
que ahí va mi abrazo.
(Le abrazan.)
COL. ¡Y el mío!

ISABEL ¡Y otro!
COL. ¡Y otro!
ADRIANA ¡Y otro!
COR. ¡Y cien!
(Salen los camareros con las patillas en la mano.)
TODOS (Al verlos asomar.)
¡Ellos!
COR. ¡Tableau!
ADRIANA (Ya no pueden
su coraje contener.)

ESCENA ULTIMA

ADRIANA, ISABEL, COLOMBA, PABLO, LOZANO, EPIFANIO, DON CASTO por el foro derecha; el CORONEL

LOZ. ¿Pero tú oyes esto, Pablo?
PABLO Pero, Lozano, ¿tú has visto?
LOZ. Vaya un par de sinvergüenzas
que nos han correspondido
en suerte.
EPIF. Y á mí una niña
que es un dije.
ADRIANA ¿Serán cínicos?
CASTO ¿Dónde estás, amado yerno?
¡Ya puedo darte ese título!
ISABEL No, señor, no.
CASTO ¿Pues, qué pasa?
ISABEL Que Lozano y mi marido
nos aborrecen.
CASTO ¿Qué dices?
¿Así os pagan estos pillos
vuestros amantes desvelos?
PABLO ¡Hasta el padre!
LOZ. (Escandalizado.) ¡Nunca visto!
EPIF. ¡Qué degradación!
PABLO ¡Señores!...
Ce por *be* les exigimos
saber lo que aquí ha pasado
porque si no...
COR. No ha ocurrido
nada que les pueda á ustedes
sobresaltar. (Á Pablo.) El amigo
que la amistad cierto día
trocó en escarnio y ludibrio,

á pesar de mis promesas
puede estar más que tranquilo.
(A Lozauo.)
Y el que honrando su uniforme
en aras del sacrificio
de la amistad, lo ha ayudado,
exactamente.

PABLO ¡Respiro!
No era mi esposa la dama
que yo tenía conmigo.
Por salvar las apariencias
lo fingí. ¿Lo has comprendido?
(A Lozano por Colomba.)
Usted, al punto á esos brazos.
(A Pablo por Isabel.)
Tú á esos brazos ahora mismo.

EPIF. (A Adriana.)
¿Y tú, que haces que no vienes
á mis brazos amantísimos?

ADRIANA Por que no soy hija suya...

EPIF. ¡Me lo había presumido!

ADRIANA La tía Lelé no tuvo
en su vida ningún hijo...
Soy...

COR. Una PÁJARA PINTA.
De sobra que lo hemos visto.
(Telón.)

FIN DE LA OPERETA

3 0112 098518308

Precio: UNA peseta